

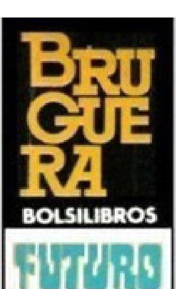
CONQUISTA ESPACIO

XAI, SACERDOTISA DE GRAA-ALZAC

Kelltom McIntire

CIENCIA FICCION

Badia Camps



XAI, SACERDOTISA DE GRAA-ALZAC

Kelltom McIntire

CIENCIA FICCION

Badia Camps


La conquista del
ESPACIO

ENCONTRARA OBRAS DE ESTE MISMO AUTOR EN LAS COLECCIONES DE

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

QUE SE DETALLAN A CONTINUACION:

Búfalo Serie Azul

Búfalo Serie Roja

Bisonte Serie Azul

La Conquista del Espacio

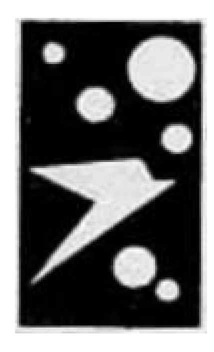
KELLTOM McINTIRE

XAI, SACERDOTISA DE GRAA-ALZAC

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 723

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA BOGOTA BUENOS AIRES CARACAS MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 29.392 -1984

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición en España: noviembre, 1984

1.ª edición en América: mayo, 1985

© Kelltom McIntire : 1984

texto

© Badía : 1984

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Camps y Fabrés, 5 08006 Barcelona (España)

**Todos los personajes y entidades
privadas que aparecen en esta novela,
así como las situaciones de la misma,
son fruto exclusivamente de la**

imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallés (N—152, Km 21.650) Barcelona — 1984

CAPITULO PRIMERO

Del exterior llegó un gruñido sordo y tremolante que, poco a poco, fue convirtiéndose en terrorífico bramido.

En el interior de la profunda caverna, una criatura humana se deslizó sigilosamente hasta el fondo de la cavidad rocosa hasta introducirse, medrosa, en una estrecha rendija.

Jadeante, Xai volvió a escuchar el aterrador rugido animalesco. Al compás del bramido furioso de la fiera, la mujer sintió que la bóveda rocosa vibraba y se estremecía tan vivamente como su propia epidermis.

A pesar de su angustiosa zozobra, Xai expulsó el aire de sus pulmones, contuvo el aliento y se esforzó en avanzar más profundamente en aquella grieta angosta. Sólo cuando se supo a salvo de la probable acometida de la fiera, suspiró profundamente y consiguió relajarse un tanto.

Fuera, en la oscuridad densa de la noche, resonó una vez más el rugido hondo y espeluznante del animal carnicero.

«No me alcanzara con sus zarpas, ni desgarrará mis carnes —pensó Xai, esperanzada—. En este lugar estoy a salvo... por ahora.»

Pero ¿hasta cuándo? Ese era justamente su problema.

Durante cinco jornadas había logrado huir a lo largo de la estepa helada. Xai se había visto forzada a caminar, exhausta, durante las largas noches. Al llegar el alba, cavaba un profundo agujero en la nieve y se ocultaba allí, como un indefenso animalillo que se decidiera a invernar durante un tiempo indefinido.

Sus gruesas pieles preciosas la protegían eficazmente de la bajísima temperatura que reinaba en la inhóspita región. Absolutamente inmóvil, respirando apenas a través de un delgado tubo que sobresalía de la superficie helada. Xai dormitaba a ratos, ansiosa por recuperar un tanto sus ya mermadas fuerzas. A veces despertaba sobresaltada y aguzaba el oído, intentando captar algún ruido exterior que delatase la presencia próxima de sus perseguidores.

En algunas ocasiones, captó sus gritos y sus alaridos salvajes, más propios de fieras que de seres humanos. Ellos, la jauría, se sentían

ávidos de poner sus manos en la joven fugitiva: Walloc, el tirano, había ofrecido riquezas y privilegios sin cuento a quien le entregase a la mujer codiciada desde largo tiempo atrás, y los sicarios sentían aguijoneada su codicia hasta el límite de lo humano.

«Acabarán atrapándome», pensó Xai. Y un estremecimiento volvió a recorrer su joven y flexible cuerpo.

Ni ella misma hubiera imaginado que lograría alcanzar la estepa cuando huyó de la ciudad de Kayalasi, allá donde el aire se veía esplendente y azulado y la temperatura era benigna.

Había derrochado voluntad y resistencia, ciertamente. En ocasiones, era el ansia por sobrevivir lo que la obligaba a ponerse en pie —llegada la noche— y a continuación, la larga huida, siempre hacia el sur. Otras veces, sólo la animaba el odio que sentía hacia el tirano Walloc, el soberano indiscutible de Kántraphos.

Ríos de sangre habían anegado la superficie del planeta el día que Walloc se alzó contra el legal Gobierno de los Cinco que detentaba el poder en Kántraphos. Walloc y sus asesinos habían caído por sorpresa sobre los gobernantes, aprovechando las fiestas anuales de Graa-Alzac, la diosa que protegía todos los habitantes del planeta.

Walloc no sólo había asesinado a los Cinco. Deseoso de expandir el terror por doquier, ordenó a sus sicarios que se trasladasen a las restantes regiones de Kántraphos y asesinasen a miles de personas. Las víctimas fueron cuidadosas elegidas entre las personas más representativas y honorables de la sociedad.

El tirano consiguió los resultados que esperaba. Extendido el terror, nadie se atrevió a alzarse contra Walloc y sus salvajes milicianos, todos los cuales componían una temible banda de presidiarios, huidos —como el propio Walloc— de la penitenciaría Hacch-Hendra, en la isla de Wooroni, apenas un remoto acantilado en el mar meridional o Xit-Mirrah.

El Gobierno prudente, liberal y justo de los Cinco, sucedió el imperio salvaje y cruento del despotismo. Walloc dedicó los grandiosos recursos económicos de Kántraphos a la construcción de colosales aeronaves y destructores ingenios bélicos. Exclusivamente, pues las obras sociales fueron abandonadas y la miseria y la desesperanza se extendieron entre los aterrados ciudadanos.

Xai apenas era una niña cuando sus padres fueron asesinados por los sicarios de Walloc. Su desolación fue inmensa, pero su hermano mayor Wantrapah la tomó aquella noche en sus brazos y corrió hasta

caer rendido. Muy cerca de la madrugada, ambos alcanzaron unas casas aisladas de los arrabales de Kayalasi. Allí vivían unos parientes, demasiado viejos e inofensivos para atraer las iras del tirano.

Durante varios años, Wantrapah y su pequeña hermana vivieron en aquella casa, escondidos, mientras. Walloc hacía desfilar sus tropas constantemente, en orgullosa demostración de fuerza.

A medida que transcurría el tiempo, Wantrapah fue volviéndose más y más audaz. Abandonaba frecuentemente la casa de sus parientes, pasaba largas horas en algún lugar desconocido y solía volver de noche, cargado de viandas, que tanto escaseaban en Kayalasi —y en todo Kántraphos— desde que Walloc arrebatase el poder al Gobierno de los Cinco.

Un día, Wantrapah no volvió. Transcurrieron varias jornadas: Xai esperó a su hermano en vano.

Fue inútil que preguntara a sus ancianos parientes, pues nada le dijeron. Fue más tarde cuando supo que Watranpah rabia sido asesinado por los milicianos de Walloc. Al parecer. Watranpah aprovechaba sus ausencias para conspirar contra el tirano. No había contado el joven con la insidiosa fuerza del terror: numerosas personas se habían puesto del lado del déspota y muchos ciudadanos, antes honorables, se convirtieron en delatores y traidores. Fue precisamente uno de sus antiguos amigos quien delató a Watranpah, condenándolo.

Año tras año, Xai fue descubriendo hasta el menor detalle de las torturas a que había sido sometido su hermano. Los sicarios lo habían seguido a lo largo de varias jornadas v conocían su escondrijo. Lo aguardaron una noche, cuando Watranpah regresaba a la humilde casa donde vivía con su hermana y sus decrépitos, parientes. Quince hombres cayeron sobre él y lo redujeron a golpes...

Inmediatamente, fue trasladado a prisión en uno de los pesados vehículos acorazados que utilizaba la policía del dictador.

Watranpah fue arrojado a una de las poternas subterráneas de la fortaleza Mayall, donde Walloc había erigido su sede. A pesar del terror, por encima de su poderío, el déspota era desconfiado. Aquella sólida y amazacotada construcción ciclópea suponía una fortaleza casi inexpugnable que garantizaba suficientemente su seguridad.

Los sótanos del Castillo de Mayall suponían un laberinto de tortuosas escaleras y rampas, poternas, pozos, algibes y mazmorras. Un conjunto tan intrincado que, cuando un prisionero conseguía escapar de su mazmorra, acababa irremisiblemente perdido en el

dédalo de pasadizos o despeñado en alguno de los numerosos pozos y trampas, cuya situación exacta sólo conocían los servidores de Walloc.

Watranpah permaneció en absoluto aislamiento durante largos días. Las tinieblas lo rodeaban día y noche y nadie se acercaba a su celda, ni le ofrecieron agua y alimentos.

La prolongada estancia en la oscuridad acabó cegándolo. A partir de ahí, lo sometieron a refinados tormentos, que tenían un único fin: obligarlo a delatar a los restantes conspiradores. Watranpah calló, estoico.

Finalmente, su resistencia física cedió. Apagado y moribundo, aún tuvieron la crueldad de atravesar su cuerpo a cuchilladas. Todavía sangraba un poco cuando lo sacaron de la terrible prisión y lo trasladaron a los picachos de Anxú, donde lo ataron con cadenas y lo abandonaron a las rapazes y carroñeras, que devoraron su cuerpo escuálido en una sola jornada.

Xai se sintió morir al saber todo esto. Pero el rencor y el ansia de venganza le dieron fuerzas para arrojar lejos de sí la tentación del suicidio.

Una noche, Xai huyó de la casa de sus ancianos parientes, sin despedirse de ellos. Su conducta sólo obedecía a su deseo de proteger a sus familiares.

Era una adolescente de rara y exótica belleza. De estatura algo más elevada que lo normal en las mujeres de su raza. Xai poseía una larga cabellera rojiza, almendrados ojos violeta, menudos senos adolescentes, cintura cimbreña, perfectas caderas y largas piernas. La túnica celeste que vestía contrastaba atractivamente con su rostro fino y bronceado.

Sin ninguna cautela, Xai se paseó por las calles de la ciudad, buscando a propósito la proximidad de la fortaleza Mayall, erguida borrosamente sobre una de las colinas de Kayalasi.

Tenía un plan premeditado: llegar a presencia del tirano y matarlo, para lo cual sólo contaba con un fino pero sólido estilete, oculto en una funda de piel y sujeto a la cara interna de su muslo izquierdo.

Llegar hasta Walloc podía parecer insensato, pues el déspota apenas aparecía en público y se rodeaba de sofisticadas medidas de seguridad. Pero Xai había oído ciertos rumores: Walloc era un degenerado sexual que amaba a los efebos y a las tiernas jovencitas.

Xai apenas acababa de salir de la adolescencia y su belleza podía ser el vehículo que la llevase hasta el dictador.

Matar a Walloc: ésa era la única razón de su vida. Ni siquiera se había planteado Xai cuál seria su destino posterior, aunque se estremecía de pavor recordando el terrible final de Watranpah.

Su presencia no pasó inadvertida: al segundo día, uno de los acorazados vehículos de la policía se detuvo a su espalda y varios corpulentos individuos, armados hasta los dientes, la rodearon y la increparon.

—¿Quién eres tú? Enséñanos tu placa de identidad —dijeron.

Xai no disponía de aquella ignominiosa lámina metálica que el tirano había impuesto a todos los ciudadanos. Obligatoriamente, la placa debía ser colgada del cuello de cada persona que superase la edad infantil. (Xai no podía explicarse por qué misterioso procedimiento la policía de Walloc conseguía impresionar la imagen de cada persona sobre una placa de metal.)

Serenamente, respondió:

—Soy Xai, sacerdotisa de Graa Alzac.

No era cierto. Mentía, pero la mentira suponía un recurso más para ser levada a presencia del déspota. Walioc perseguía a cuantos rendían culto a la benéfica diosa de Kántraphos: ejecutada a los creyentes masculinos, enviaba a las minas a las mujeres y violaba a las sacerdotisas de Graa Alzac.

Uno de los policías soltó una risotada áspera.

—Vendrás con nosotros, Xai. También las sacerdotisas de Graa-Alzac deben llevar su placa de identidad. Pero no temas: no te haremos ningún daño. Solamente tomaremos los datos y la imagen de tu hermoso rostro, te entregaremos la placa y te dejaremos ir libremente —prometió el esbirro.

Xai asintió con un leve gesto y cerró los ojos. Su venganza estaba próxima. Al menos, eso era lo que deseaba todo el fervor de su corazón. Pero...

CAPITULO II

Como Xai había imaginado, los policías de seguridad no tenían el menor interés en confeccionarle su placa de identidad.

Tras pasar una docena de controles y cruzar grandes puertas blindadas de enorme grosor, el vehículo se detuvo en un hangar de vehículos. Una plataforma elevadora los llevó a las plantas superiores de la fortaleza.

Los muros tenían el espesor de la envergadura de un hombre hercúleo y las bóvedas eran tan altas que las lámparas que iluminaban las espaciosas estancias y pasillos no lograban enviar su luz arriba. Desde dentro, Mayall parecía aún más formidable y terrible que desde el exterior.

Numerosos guardias, de torvas facciones e impresionante estatura, montaban guardia en lugares estratégicos. Portaban extrañas armas desconocidas para Xai y vigilaban, recelosos, en todas direcciones.

La bella adolescente de la cabellera roja fue empujada sin rigor hacia una estancia aislada. Una puerta blindada se cerró a su espalda. Xai se volvió de un respingo y se vio rodeada y observada maliciosamente por los seis corpulentos individuos.

—Desnúdate.

Xai se estremeció.

—¿Desnudarme? ¿Por qué? En las placas de identificación sólo aparece el rostro de cada persona —replicó, pudorosa.

Los esbirros se burlaron de ella, rieron estruendosa y groseramente.

—Vamos, vamos, Xai: no es preciso que sigamos fingiendo. No vamos a hacerte tu placa de identidad. Dentro de breves momentos, serás llevada a presencia del Honorable Walloc. Nuestro señor es un devoto admirador de las vestales de Graa-Alzac —exclamó con desfachatez uno de los policías.

—Pero, ¿por qué he de desnudarme? Juro que estoy dispuesta a comparecer ante el tir...— ante el Honorable Walloc —opuso la joven de los cabellos rojos.

—Debes desnudarte. Es una medida de seguridad. Tenemos que asegurarnos de que no escondes ningún arma —le dijeron.

Pero Xai permaneció inmóvil aunque procuraba aparentar una firmeza que no poseía en aquel momento.

Íntimamente, Xai decidió que valía la pena soportar la humillación de desnudarse ante aquellos groseros y lascivos brutos…, si ello le permitía realizar su propósito de matar al déspota. Sin embargo, su pudor le impidió iniciar el movimiento de alzar su túnica celeste.

Impacientes, los esbirros se aproximaron y cayeron sobre ella. Una zarpa aferró la sutil tela y la desgarró de arriba abajo de un único y brutal tirón. Simultáneamente otras manos lujuriosas la despojaron de sus prendas más íntimas hasta que la joven quedó completamente desnuda.

Un murmullo ahogado de incontenible admiración brotó de las gargantas de los policías al contemplar aquel bellísimo y perfecto desnudo.

La lujuria brillaba en los ojos malignos de aquellos hombres sin escrúpulos. Uno de ellos se humedeció los labios con la lengua y mirando a Xai como hipnotizado, gruñó:

—Es… un bocado digno de un príncipe. Antes de llevarla arriba, podríamos…

La tentación estaba en los destellos lúbricos de las miradas de todos los esbirros. Uno de ellos dijo:

—Si no fuera virgen…

Y otro palpó descaradamente entre los muslos de la muchacha. Xai experimentó tan vivo dolor y tan intensa repugnancia que, en un reflejo defensivo, asestó un mordisco en la oreja del energúmeno que acababa de violar su intimidad.

El individuo lanzó un chillido y la soltó. En el acto, alzó una mano, iracundo, pero en seguida la volvió a bajar y se separó de la mujer.

—No os hagáis ilusiones —murmuró, decepcionado y rabioso—. Es virgen. Si la tocásemos, el Honorable Walloc nos haría empalar y después ordenaría que nos descuartizasen y colgasen nuestros pingajos de los riscos de Anxú. Yo no soy un loco, vosotros veréis…

Los hombres se miraron entre sí. Luego, uno de ellos dijo:

—Démosle un vestido nuevo. Que se arregle un poco. Luego la

presentaremos al Honorable Walloc, experto catador de doncellas —el miedo y la ironía, mezclados, latían en la voz del esbirro.

Trajeron una túnica limpia para Xai y le permitieron estar a solas durante unos momentos en una estancia contigua, para que se asease y pusiese en orden sus alborotados cabellos.

Los policías la entregaron en seguida a un colosal individuo, de recios hombros e increíble musculatura, al que llamaron Bantxiú. Aquel gigante de cráneo completamente esférico, pequeños ojos mogólicos, sin rastro de vello ni cabello, vestía unos lujosos calzones de seda recamada y unas babuchas de hilo de oro trenzado. También eran de oro los gruesos aros que colgaban de su nariz y las ajorcas macizas que rodeaban sus brazos. Con todo, su aspecto era impresionante y siniestro, pues carecía de orejas, que, sin duda, le habían sido cercenadas largo tiempo atrás.

Según sabría Xai mucho después, la carencia de orejas era la señal que distinguía a los eunucos que vigilaban el nutrido harén de Walloc, el tirano.

Bantxiú tomó a la mujer de un brazo con delicadeza y con voz grotescamente atiplada, dijo:

—Ven conmigo. Vas a gozar el honor de comparecer ante el Magnífico Walloc.

Subieron en un gran montacargas tapizado en seda y alcanzaron la planta destinada a aposentos privados del déspota.

En aquellas estancias el lujo era indescriptible. Magníficos jaspes, mármoles, pórfidos, corindones pulidos y muebles de jade destellaban por doquier.

A lo largo de la amplia galería por la que caminaban Xai y el eunuco se alineaban numerosas estatuas de gran tamaño que representaban —todas ellas— la imagen del tirano, aunque con diferentes atavíos, armas, corazas y aderezos.

Las estatuas eran formidables. Mostraban a un guerrero griego de estólida mirada y gallarda apostura. Eran idénticas a las que podían encontrarse por doquier a lo largo de las calles, avenidas y plazas de la ciudad de Kayalasi, sólo que las instaladas en cualquier rincón de la metrópoli habían sido talladas en piedra y las que Xai veía ahora habían sido fundidas en cobre bruñido, plata e incluso oro puro.

También era de oro la puerta pentagonal ante la que montaban

guardia cuatro gigantescos centinelas ataviados con regias vestiduras y armados de extraños y desconocidos instrumentos de defensa.

Bantxiú dio una palmada y los vigilantes se apartaron. Las dos hojas doradas se abrieron silenciosamente sin que nadie las accionara.

El eunuco empujó a Xai hacia adelante y ambos avanzaron hacia aquel aposento en el que brillaba una luz cegadora.

Xai nada esperaba ya. Se senda tan profundamente frustrada, que incluso el ansia de venganza había desaparecido de ella. ¿Qué podía hacer contra Walloc, desarmada? Cuando sintió que las manos de los esbirros desgarraban su túnica sintió un ramalazo de pavor y, apresuradamente, se desprendió del estilete, que arrojó disimuladamente bajo un armario situado en un rincón.

Los policías no habían encontrado ningún arma en sus ropas ni en su cuerpo, pero ahora, sin el cuchillo de afilada y larga hoja ¿cómo lograría atentar contra la vida de aquel príncipe de asesinos?

Hundida la barbilla en el pecho. Xai avanzó ligeramente impulsada por el robusto Bantxiú.

La luminosidad dentro de aquel recinto era tan fuerte, que se vio forzada a cerrar los ojos. Pero la mano del eunuco aferró sus cabellos y el brusco tirón provocó un alarido en su garganta.

—Alza la mirada, mujer, y contempla la luz que a todos nos ciega. ¡Es el resplandor que emana nuestro señor, el Grande, el Magnífico, el Invencible Walloc! —clamó Bantxiú con voz femenil.

Xai abrió los ojos, parpadeó, volvió a abrirlos. La luz que brotaba frente a ella era tan potente que le impedía mirar y hería sus ojos. ¿Se trataba de un alarde o… de una nueva y sofisticada tortura?

El eunuco continuaba desgranando la monótona salmodia, con la que ensalzaba las «virtudes» del tirano.

Bruscamente la luz se apagó. O ese fue, al menos, el efecto que experimentó la joven de los cabellos rojos.

La oscuridad densa la rodeaba. Bantxiú había dejado de aferrarle los cabellos. Xai parpadeó, desconcertada. Y entonces advirtió aquel resplandor leve, dorado, que provenía del trono.

Allí estaba el déspota, vestido con una túnica de oro y piedras preciosas rutilantes. Su atavío era tan recargado que resultaba grotesco, casi femenino.

En lo más profundo de su alma, Xai sintió el deseo incontenible de estallar en carcajadas burlonas. Si no se dejó llevar por su impulso fue debido a aquel irrefrenable miedo que la atenazaba en ocasiones.

El hombre que contemplaban sus ojos nada tenían que ver con las gallardas estatuas de mármol, plata y oro que decoraban la metrópoli y el palacio de Mayall. El Walloc que contemplaba Xai ahora era un hombre obeso, grasiento, inmenso, redondo... Una humanidad amorfa y restallante ¿entro de la rutilante túnica.

Se preguntó si alguna vez Walloc habría sido gallardo y apuesto. Quizá. O tal vez los artistas que habían tallado las espléndidas efigies habían adulado al tirano por miedo o complacencia. Lo cierto era que el Walloc que veía en aquel momento era un ser de apariencia repugnante.

Nada quedaba de les ensortijados cabellos que mostraban las dignas estatuas, ni de las facciones angulosas, pero atractivas, que Xai había admirado en las efigies. El rostro del Walloc actual era tan deforme, redondo y grasiento como el de su eunuco, Bantxiú, Su triple papada colgaba sobre el pecho, dando la sensación de que el déspota carecía de cuello.

De repente, Walloc habló. Y su voz sí, su voz era grave, profunda e impresionante. Dijo:

—Un exquisito manjar, Bantxiú. Mis servidores han sabido elegir bien en esta ocasión.

A la luz, tenue y soportable ahora, que reinaba en la anchurosa estancia el trono, Xai vio que el eunuco se esponjaba de satisfacción, como si las alabanzas pronunciadas por el dictador fueran dirigidas a él mismo.

Walloc observaba a la muchacha fijamente. Sus ojos redondos tenían un relumbre rojizo de lascivia.

—¿Cómo te llamas, muchacha? — preguntó, con aquella voz que llenaba el salón del trono de resonantes ecos.

—Soy Xai.

—Me han dicho que eres sacerdotisa de Graa-Alzac. ¿Es cierto?

La joven asintió con un mudo gesto.

—Tú sabes que mi autoridad ha prohibido el culto a esa diosa que predica la concordia, el amor y la tolerancia. Deberías temblar

después de tu confesión, pero admiro en ti tu presencia de ánimo y tu serenidad. ¿No tienes miedo, Xai? He hecho descuartizar a miles de creyentes y he desterrado a las minas de azufre de Heralanka a otros tantos millares de mujeres que profesaban culto a Graa-Alzac. Con un solo gesto, yo podría borrarte de la faz de este mundo. Incluso podría someterte a tormentos que te obligarían a renegar de los que te dieron el ser y adjurar de tus creencias religiosas... A pesar de todo, no advierto la menor vacilación en ti. ¿Por qué?—planteó el déspota, admirado a su pesar.

Xai no lo miraba directamente. Sentía repugnancia cada vez que sus ojos contemplaban a aquella inmensa bola de grasa.

Sin embargo, se estremecía considerando que el déspota decidiera tomarla para sí, convertirla en una más de sus concubinas. Para Xai, tal posibilidad suponía un suplicio peor que la muerte y ahora se arrepentía, en lo más íntimo de su ser, de haberse dejado doblegar por el miedo en la estancia en la que los esbirros la forzaron a desnucarse. Jamás debió despojarse del estilete. Si hubiera tenido presencia de ánimo suficiente, ahora le bastaría llegar en una corta carrera hasta Walloc, blandir el acero y...

—¡Contesta!

El estentóreo grito del tirano la sobresaltó. Trató de sobreponerse al miedo y lo consiguió con un gran esfuerzo.

—No temo —mintió— porque mi fe en Graa-Alzac es muy superior a mi amor a la vicia o el temor al suplicio. Tú, Walloc, puedes llevar a cabo un escalofriante genocidio sin razón, pero jamás podrás matar las creencias que muchos albergamos aún en nuestro interior. Esa es mi respuesta.

Una gran carcajada provocó ecos en las altas bóvedas. —Soberbia respuesta, Xai —expresó su admiración el enorme Walloc—. Prefiero tu profesión de fe, a la apostasía de los que trataron de salvar su piel por encima de todo. Tú eres como una perla en medio del estiércol que me rodea en ocasiones. Mereces gozar de todos los privilegios y todos los lijares. Yo, Walloc, el Invencible, te acepto y te tomo. Bantxiú, llévatela. Durante treinta jornadas la impondrás y adiestrarás en todos los refinamientos y disciplinas que conforman mi corte. Al cabo de ese tiempo, volverás a traerme a Xai... Aunque aún no sé si lograré esperar a que se cumpla ese plazo —dictaminó el tirano.

CAPITULO III

En la oscuridad profunda, Xai palpó las desgarradas pieles que componían su atavío. El frío era tan intenso que sus dientes castañeteaban, pero su instinto de conservación la mantenía, al mismo tiempo, en un estado de alerta total que le provocaba una dolorosa tensión neuromuscular.

Fuera, resonó, pavoroso, el gruñido ronco y profundo de una fiera de gran tamaño.

A pesar de que se sabía a salvo en la profundidad de aquella estrecha hendidura de la caverna, la mujer experimentó un terror animal al oír tan próximo el ronquido estertoroso del animal salvaje.

Durante largo rato, aquel trémolo pavoroso le impidió pensar. Luego, cuando los gruñidos y bufidos de la fiera cesaron bruscamente, Xai reflexionó.

«¿Fieras carniceras en esta helada zona pre-polar? —caviló—. Nunca supe que existieran. Aunque quizá...»

Silenciosa, plegó sus largas piernas y descansó en cuclillas. A pesar del inhóspito ambiente, comenzó a adormecerse lentamente.

«Logré escapar de las garras de Walloc: es lo único que importa», se dijo poco antes de quedarse profundamente dormida.

Pero su sueño no habría de ser prolongado, porque de repente se alzó de un respingo, espeluznada.

Un alarido de mujer que cortaba el aire sonó en alguna parte.

Sucedió el silencio. Xai oyó perfectamente los latidos alocados de su corazón.

«¿Qué ha sido eso, qué ha ocurrido?»

Intentó serenarse, aunque sus sentidos estaban alerta. El silencio en la estepa era absoluto.

«Tal vez, sólo fue una pesadilla. Quizá sólo oí en mi subconsciente mis propios gritos cuando Bantxiú me anunció que al día siguiente me llevaría de nuevo a presencia del repugnante Walloc», caviló, animosa.

En aquel momento, un nuevo alarido —esta vez más próximo— atormentó sus oídos. Ahora no quedaba lugar para la incertidumbre: se trataba de un grito penetrante, de un quejido agudo de mujer, como

el que exhalaría una criatura humana al sentir taladradas sus carnes por el frío acero.

Instintivamente, Xai huyó del horror. Avanzando de perfil, profundizó torpemente en la hendidura entre las rocas...

Un momento después se hizo el silencio. El corazón le latía, desbocado, en el pecho, pero Xai seguía avanzando en seno de piedra que la rodeaba.

Y entonces una mano apresó la suya.

Xai chilló ahora, como una loca. Y en un movimiento instintivo, dio un tirón e intentó huir en dirección contraria...

«¡Me han hallado! —pensaba—. Sea como sea, los esbirros de Walloc me han cazado. Yo... yo debo huir sea como sea, hasta el final, hasta...»

Su frente chocó en la oscuridad contra un saliente de la roca y un fogonazo azul brotó en su cerebro. Murmuró un quejido ahogado y cayó, abandonada a su pesar toda consciencia.

* * *

Despertó muchas horas después, un tanto mareada. Se sentía acorchada, como si sus músculos carecieran de sensibilidad y su cuerpo yaciese sobre un mullido y cálido lecho de plumas.

La sensación era tan placentera, que voluntariamente permaneció durante unos minutos inmóvil, cerrados los ojos, gozando de aquel momento tan agradable, casi desconocido, después de tantas miserias, zozobras y padecimientos.

Luego llegó hasta ella un olor familiar: humo. Humo igual a fuego, elaboró su cerebro. Abrió los ojos, entrevió a contraluz la silueta del desconocido, exhaló un grito e intentó ponerse en pie.

Le resultó imposible. Frustrada y rabiosa, advirtió que la habían maniatado e inmovilizado por completo. O tal creyó al menos.

La visión de aquel desconocido la aterró. Era alto y fuerte, corpulento, aunque esbelto. Su traje color acero despedía una singular fosforescencia a la luz confusa del amanecer. Calzaba botas de un desconocido material, color rojo, que llegaban por encima de las rodillas, llevaba a la cintura un número de pequeños objetos metálicos y sus cabellos, medianamente largos, brillaban como la plata bruñida.

—Cálmate, encanto —pronunció inesperadamente aquel extravagante individuo—. No tienes nada que temer. Anoche te asustaste cuando chocamos en la oscuridad. Te diste un golpe en la cabeza y caíste, desplomada. No te preocupes: te curé el chichón y ahora apenas se observa una pequeña hematoma en tu frente. He preparado café. En seguida te daré una taza.

Xai le miró con la boca abierta, absorta y confundida.

—¿Quién… quién eres tú? —se atrevió a plantear—, Tienes… tienes el aspecto de un extranjero, pero hablas muy bien mi lengua. Aunque no comprendo por qué me llamas *encanto,* ni sé qué significa *café.*

EL hombre sonrió en la penumbra.

—Me llamo Daniel Gyrium, aunque mis amigos suelen… —su leve sonrisa desapareció instantáneamente, pero volvió a lucir en seguida — Quiero decir que mis amigos solían llamarme Dan. Ahora… Bien, mis amigos están muertos y yo estoy solo en este inmenso planeta.

Ella lo miraba sin pestañear, asombrada.

El hombre se inclinó sobre la alegre hoguera y retiró una vasija humeante del fuego. Vertió un brevaje oscuro y aromático en dos vasos de papel, añadió azúcar generosamente, probó un sorbo y gruñó, complacido.

Entre tanto. Xai había descubierto dos bultos apoyados en un muro de la cueva. Eran dos a modo de mochilas de un material semejante al cuero, pero más flexible y brillante, de color azul muy vivo. También vio, apoyado en el muro, otro objeto desconocido, largo y estrecho, de consistencia metálica.

El desconocido extranjero abrió una de las mochilas y sacó algo de ella. Al poco rato se aproximó a la joven, descorrió la cremallera del saco de dormir en el que permanecía encerrada, la miró a los ojos, satisfecho, y dijo:

Levántate y ven junto al fuego. Se está bien allí. Vamos a gozar de un buen desayuno.

La tomó de una mano y ella se dejó llevar dócilmente, indecisa y un tanto desconfiada. Ambos se sentaron junto a la hoguera y el hombre puso en manos de Xai un vaso de humeante café.

—Bebe. Está muy bueno.

Ella bebió con precaución, paladeó el brevaje ardiente y una leve sonrisa frunció sus bellos labios. Su eventual compañero puso en su mano una tostada untada de mantequilla y miel.

«Querrá envenenarme? —receló la joven—, ¿Quién me asegura que no se trata de uno de los espías de Walloc, disfrazado de ese modo extravagante para ganarse mi confianza devolverme a la Fortaleza de Mayall, en Kayalasi?»

Lo miró de reojo, pero con indudable curiosidad y asombro. Aquel Dan Gyrium era un hombre muy apuesto, de ojos extraordinariamente azules y mentón firme. Aunque Xai advirtió que, más allá de su sonrisa, se adivinaba un leve rictus de amargura.

Xai mordisqueó la tostada. Jamás había probado tal alimento, pero le encantó. Acicateada por el hambre, dio cuenta del café y la tostada en un santiamén.

Gyrium le llenó nuevamente el vaso y puso otra tostada su mano.

—Pareces verdaderamente enferma, encanto —la miraba apreciativamente—. Cualquiera diría que llevas mucho tiempo sin comer.

—Sólo seis días —respondió ella, tímida—. Bueno, comí unas raíces. Pero...

El hombre prorrumpió en una exclamación.

—¡Seis días sin comer! Has debido pasarlo muy mal, pobrecilla. Pero... ¿Qué haces tú en estas soledades? Una mujer tan joven, asustada y... sola —pronunció, asombrado.

Ella no dijo nada. Masticaba apresuradamente, como si aquella fuera la última oportunidad que se le presentara para gozar de un festín.

Dan Gyrium no la acució a preguntas. Sacó panecillos deuna bolsa, los abrió por el medio y preparó media docena de bocadillos con fiambres y queso. Los puso sobre una bandeja de cartón al alcance de Xai y bebió lentamente su vaso de café bien caliente.

Ella comía con una voracidad fuera de lo común. Y el hombre gozaba viéndola masticar y deglutir con tanta fruición.

Al fin, Xai se detuvo un momento, miró al extranjero dijo:

—He comprendido que tú no eres uno de ellos. Así, que te diré

que soy Xai, hija Hinaori y Lenda, hermana menor de Watranpah. Todos fueron asesinados por Walloc, el tirano. Yo intenté desesperadamente exterminarlo, pero fracasé. Por eso estoy aquí, en la estepa desolada. Huyo de los esbirros de Walloc.

El hombre la escuchaba con suma atención, aunque inexpresivo.

—Ese Walloc, el déspota ¿te busca para matarte? —preguntó, luego.

—Oh, no —replicó la joven—- El no quiere matarme, sino convertirme en una de sus concubinas. Parece asaltado por una loca obsesión: aunque dispone a su capricho de las mujeres más jóvenes y bellas, él está obcecado en poseerme a mí, por la fuerza.

Dan Gyrium prorrumpió en una fuerte carcajada. Xai le dirigió una mirada escandalizada y sorprendida.

—¿De qué te ríes, extranjero? —exclamó, ofendida.

—Discúlpame, encanto: no logro comprender que los hombres tomen a las mujeres a la fuerza. En el mundo de donde vengo no ocurre así ni mucho menos. Por el contrario: hombres y mujeres se entienden perfectamente y se ponen de acuerdo para entregarse mutuamente. Por otra parte, ninguno de nosotros seria capaz de experimentar una pasión tan... tan fogosa como la de ese... Walloc —explicó Gyrium

—¿De qué mundo hablas? —inquirió la joven de los cabellos rojos con intensa curiosidad.

—De... Pero supongo que no lo comprenderías. Es lo mismo, Xai. Entre las personas de mi raza, las cosas son distintas, sencillamente. Pero sigue con tu relato: es muy interesante.

Confusa. Xai se llevó el vaso de café a los labios, bebió con calma hasta terminarlo y lo dejó en el suelo, sobre la bandeja de cartón.

—No tengo mucho que decir. Y a fin de cuentas, aún no se si debo fiarme de ti... ¡Eres tan extraño! —apreció la muchacha. Se apartó los cobrizos cabellos del rostro con un ademán muy femenino y añadió—: Sin embargo, hay algo en ti que inspira confianza. Tal vez sea la nobleza de tus facciones. O ese gesto de amargura y soledad que tratas de disimular...

—Eres una mujer clarividente. Pues bien: si te inspiro una pizca de confianza, háblame de tus temores.

—Es fácil: fracasé en mi atentado contra Walloc y el tirano decidió convertirme en la reina de su harén. Durante treinta días, su jefe de eunucos, Bantxiú, me enseñó lo que él llama «modales palaciegos» y el estricto reglamento de las concubinas de Walloc. Un día antes del fijado para que el déspota me tomara, conseguí abandonar la fortaleza de Mayal… aunque te juro que no fue nada difícil…

—¿Por qué razón?

—Aquello es un bastión, inexpugnable, dotado de los más adelantados mecanismos de seguridad y guarnecido con los hombres más encanallados y rigurosos del planeta. Por fortuna para mí, un hecho casual vino a ayudarme. Esa noche, Walloc ofreció uno de sus acostumbrados saraos, con un festín descomunal. Zophandar, uno de los cortesanos que adulaban al déspota, devoró tantos manjares que cuando se retiraba a sus habitaciones sufrió un ataque cardíaco y murió en pocos minutos. Desde mi aposento vi trasladar su cadáver en un ataúd de plata, que depositaron en una pieza cercana. La «Jea surgió como un chispazo desesperado en mi cerebro, aunque al considerar los riesgos estuve a punto de desecharla…

—¿Qué hiciste?

—¿No te lo imaginas? —respondió Xai, mirando a Dan Gyrium con estupor e incredulidad—. Pues la solución la deduciría hasta un niño de corta edad. —La joven de los cabellos rojos parecía enojada por la falta de comprensión del extranjero, pero en seguida su expresión se suavizó—. Está bien, te lo explicaré. Simplemente, pensé que la única forma ce salir de Mayall era ocupar el lugar que guardaba en un féretro el cuerpo de Zophandar, muerto de indigestión. Y eso fue exactamente lo que hice…

CAPITULO IV

La empresa fue muy dificultosa para una joven tan inexperta como Xai.

En primer lugar, hubo de vencer su supersticioso temor a los muertos. Y también la repugnancia.

Una vez decidida a abordar la empresa, Xai se dispuso a aguardar que cesase toda actividad en las últimas plantas del palacio-fortaleza. De madrugada, el silencio se enseñoreó de los corredores y estancias y Xai avizoró a través de la celosía que cubría una de las ventanas de su aposento.

Comprobó que Zaissa, la mujer puesta a su servicio por Bantxiú, dormía profundamente en la pieza contigua. En la galería brillaban pálidamente algunas lámparas, pero no había nadie a la vista. Más allá del sólido portón metálico vigilaban los eunucos de Bantxiú, pero ninguno de los que velaban pudo ver la ágil silueta que atravesó fugazmente el corredor y penetró en la estancia frontera.

La habitación en la que yacía para siempre el voraz Zophandar permanecía en penumbras, apenas iluminada por el suave resplandor que penetraba a través de la celosía.

Xai cerró la puerta a su espalda y tanteó en busca de un cerrojo, pero no lo halló. Chasqueada, se mordió los labios y vaciló, temerosa de que la sorprendieran mientras permanecía allí.

Dirigió una ojeada a la ventana. Como había supuesto, carecía de reja, dada la considerable altura a que se encuentra la planta destinada al tirano, sus servidores y concubinas. Como el tiempo era muy agradable en aquella estación, las ventanas estaban abiertas. Xai se asomó, apoyada sobre el alféizar, y contempló el medroso vacío sobre un talud pétreo de más de cien metros de altura.

¿Seria verdad lo que aseguraban las concubinas de Walloc? Aunque el tirano había dispuesto que Xai permaneciera aislada del resto de sus hetairas, Bantxiú la había acomodado en dos piezas contiguas al harén, de modo que ella podía escuchar los cuchicheos de las demás mujeres a través de una celosía.

Las concubinas afirmaban que Walloc solía arrojar al barranco a cualquier servidor o cortesano que lo incomodase. Según se decía, los buitres de espolones acudían al barranco cada mañana para devorar los cadáveres de las víctimas del déspota. También se afirmaba que aquellos colosales buitres estaban tan bien cebados que a la mayoría les costaba considerable esfuerzo alzar el vuelo, tras llenar sus estómagos carroña.

¿Sena verdad o un simple y exagerado rumor? Xai decidió que de aquel hombre sin escrúpulos podía esperarse cualquier crimen, por terrible que pudiera sonar a los oídos.

Si Walloc despeñaba por aquella ventana a sus forzados vasallos, tal hecho, por lamentable que fuese, beneficiaba los de fuga de Xai.

Volvió de la ventana y tanteó el féretro de plata maciza. Los cerrojos estaban echados, pero la joven de los cabellos rojos los descorrió con cautela y lentitud.

Alzó la tapa. En la penumbra, comprobó que habían envuelto el voluminoso cadáver de Zophandar con una rica tela aterciopelada de color negro. Xai la apartó despacio y al punto el ambiente se inundó de un hedor agrio y fuerte. Evidentemente, al cortesano Zophandar lo habían envuelto en el sudario sin cambiarle las ropas que vestía en el momento de su muerte.

Hechizada, Xai contempló aquel orondo rostro de nariz puntiaguda. ¡Qué extraño! Aquel insaciable glotón no tenía rictus contraído propio de los que mueren de un accidente cardiaco. Por el contrario, el rostro grueso, opulento y terso parecía sonreír...

«Quizá ésta fue la muerte con la que soñó siempre: el estómago rebosante de delicados manjares», pensó Xai, sarcástica.

Por muy finos que fueran los manjares devorados la noche anterior por aquel individuo, su inacabada digestión provocó un susto mayúsculo a la joven. Porque de repente Zophandar se movió y expelió un sonoro eructo.

Xai retrocedió en un respingo, tan pálida como la muerte.

A prudente distancia, observó con suspicacia el cuerpo de Zophandar, quien tal vez hubiera decidido volver a la vida para seguir atracándose de selectas viandas.

Pero no había tal. Sencillamente, los gases contenidos a presión en el vientre del heliogábalo habían salido por sí mismos y

tumultuosamente a través de la boca entreabierta. Zophandar estaba muerto y bien muerto.

Superado aquel susto, Xai puso manos a la obra. En primer lugar apartó cuidadosamente el terciopelo negro de modo que no resultase manchado con el roce de los húmedos vestidos del muerto, empapados en vino y zumos o salsas.

En seguida, tomó al difunto por los pies y sacó medio cuerpo fuera. Esta operación fue muy fácil. Extraer la otra mitad puso a prueba los músculos y el estómago de la joven. Aferrada a un grueso y fofo brazo de Zophandar, rezongaba, tiraba con todas sus fuerzas y sudaba, hasta que logró apoyar la espalda del muerto en el borde del sarcófago. Volvió a tirar y el cadáver cayó sordamente a tierra.

Recuperado el aliento, corrió a la puerta, la entreabrió y comprobó que la galería continuaba silenciosa y solitaria. Al punto, Xai aferró a Zophandar por ambos brazos y en un esfuerzo sobrehumano b arrastró hasta el alféizar de la ventana.

Elevar aquel cuerpo fofo y voluminoso hasta el marco de la ventana fue otra cosa. Primero hubo de apoyar el rostro en el muro y después lo fue elevando pulgada a pulgada, hasta que el cráneo calvo del cortesano Zophandar asomó a vacío.

Xai jadeaba y hubo de tomarse un respiro. Pronto, sin embargo, volvió a la carga. Con ímprobos y constantes esfuerzos fue alzando aquel cuerpo que triplicaba el de su propia persona. En el último momento, el cadáver, vencido por la gravedad, se le fue de las manos y Xai estuvo a punto de despeñarse con Zophandar, pero logró desasirse en el momento en que el cadáver desaparecía en el vacío.

Un suspiro profundo brotó entonces del pecho de la joven. Derrengada sobre el ancho pretil de la ventana, respiró hondo y consideró la situación. Tenía que introducirse en el féretro de plata, envolverse adecuadamente en el aterciopelado lienzo negro y cerrar la tapa del sarcófago.

Respirar dentro de aquel metálico receptáculo no suponía mayor contrariedad, pues el, ataúd de plata mostraba más de cincuenta respiraderos redondos disimulados entre los arabescos del relieve exterior. ¿Cómo se explicaba esto? Walloc rodeaba a sus aduladores cortesanos de toda pompa, en vida como en muerte, pero un valioso féretro de plata era preciso recuperarlo cuanto antes y esto se conseguía fácilmente con aquellas perforaciones: expuesto el cajón fúnebre el aire libre en el cementerio de Izgur-Hani (Colina

Sonriente), el cadáver se descompondría en pocos meses, lo que permitiría arrojar los despojos a la fosa común. De esta forma, el precioso sarcófago volvía a quedar disponible.

Xai probó a introducirse en el ataúd. Ahora que el hediondo cuerpo de Zophandar había desaparecido, el olor nauseabundo había desaparecido casi por completo. Pero cuando se tendió sobre el mullido interior y comenzó a cubrirse con el lienzo, experimentó tal ahogo que salió de allí de un salto.

Probablemente, hubiera aguardado hasta el último momento —exponiéndose a ser descubierta— si en aquel momento no hubiera escuchado el distante chirrido del portón, al lado del cual montaban guardia los eunucos. Apresuradamente, pues, se introdujo en el ataúd, se cubrió con el negro sudario y dejó caer la pesadísima tapa sobre su encaje.

Muy a tiempo, pues en seguida pudo escuchar un rumor de pasos cada vez más próximos. Xai contenía el aliento, temerosa de que el leve sonido de su respiración pudiera atarla.

La persona que recorría el pasillo —probablemente. Bantxiú, el jefe de eunucos— se detuvo junto ante la cámara mortuoria. Xai pudo oír una respiración profunda y un tanto silbante e imaginó que Bantxiú avizoraba el sarcófago a través de la celosía.

Para la joven, fueron unos momentos de suprema angustia. Al cabo, sin embargo, volvieron a resonar los pasos del vigilante, que fueron atenuándose hasta desaparecer por completo.

Xai suspiró. ¿Cuánto tiempo habría de permanecer aún en el sórdido habitáculo? Nuevamente la asaltó un ahogo. Empujó con todas sus fuerzas y la tapa se alzó un poco, levando un soplo de aire fresco a su rostro sudoroso.

Por fortuna, estaba muy próxima la madrugada. No habría transcurrido largo rato, cuando Xai advirtió que la luz rosada de la aurora penetraba a través de la ventana del acantilado.

Cuando nuevamente oyó pasos, dejó caer la tapa de plata. Se cubrió apresuradamente el rostro con el sudario y aguardó, el alma encogida.

La puerta se abrió, algunos hombres penetraron en la cámara mortuoria. En seguida Xai notó que el sarcófago se alzaba del suelo y se movía, fuera de la estancia.

El ataúd fue descendido en un montacargas e introducido en un vehículo fúnebre, que se puso en seguida en macha a través de las calles de Kayalasi.

Aún no brillaba el esplendoroso sol de Kántraphos, cuando el vehículo funerario llegó al cementerio de Izgur-Hani, dedicado únicamente a acoger os cadáveres de los cortesanos y servidores del tirano.

Sin ninguna ceremonia, los servidores palaciegos que viajaban en el armatoste sobre ruedas, descendieron del vehículo, cambiaron unas palabras con el vigilante del cementerio y cargaron sobre sus hombros el pesado sarcófago de plata, que depositaron sumariamente en el alto pedestal que el empleado les señaló.

Dentro de su encierro, Xai escuchó al poco tiempo el rumor del vehículo que se alejaba, de regreso a la fortaleza de Mayall. Al cabo, el silencio volvió a rodearla.

Sin embargo, aguardó aún un tiempo prudencial. El sol calentaba ya el metal precioso del sarcófago, cuando Xai apartó el pesado sudario y empujó la tapa con todas sus fuerzas, ansiosa por respirar aire puro.

Horrorizada, comprobó que la tapa no se alzaba. Porfió y empujó, jadeó y se congestionó en su intento por recobrar la libertad, pero la tapa metálica resistió sin conmoverse sus desesperados embites.

«Han echado los cerrojos —murmuró Xai—, No podré salir de aquí… si alguien no me ayuda.»

Su instinto de conversación la impulsaba chillar con todas sus fuerzas en demanda de auxilio, pero logró vencer el pánico y decidió reflexionar.

Por el momento, no tenía nada que temer. Los múltiples agujeros del sarcófago le permitían respirar libremente.

Sin embargo, pasado un rato, su nariz captó un hedor hediondo y denso que, indudablemente, provenía del exterior. Pronto descubrió el origen de aquel olor insoportable.

«Es lógico —dedujo—. El cementerio debe estar repleto féretros perforados. El calor acelera la descomposición de los miles de cadáveres que me rodean por doquier y las miasmas de los cuerpos corrompidos emanan libremente de los agujeros de los ataúdes, al exterior.»

Instantáneamente, su estómago se desató en furiosas arcadas. Por fortuna, no había ingerido alimento alguno desde la tarde anterior, pues en caso contrario hubiera podido ahogarse en sus propios vómitos. Superado el momentáneo absceso, Xai volvió a tantear —inútilmente— la tapa del sarcófago.

El calor iba en aumento. Aunque su olfato se había ido habituando al hedor reinante en el cementerio, las gruesas planchas de plata del ataúd se calentaban paulatinamente. Dentro del sarcófago el aire era caliente, húmedo e irrespirable. Xai se sintió bañada en sudor.

¿Qué podía hacer? Si llamaba a gritos, era seguro que acudirían algunos empleados de la necrópolis, pero el intento resultaría demasiado peligroso. Aquellos individuos, lacayos incondicionales de Walloc, la reducirían y golpearían hasta matarla.

Se mordió los labios de congoja e impaciencia, pero aguardó. Con una lentitud desesperante, fueron transcurriendo las horas de la mañana, las del tórrido mediodía y las de la tarde. Xai se había ido debilitando mucho. Dentro del sarcófago, había sudado tanto que el negro sudario estaba empapado. Estaba a punto de deshidratarse, puesto que no había ingerido ningún líquido desde la tarde anterior.

Pudo, sí, advertir que el calor iba cediendo y el aire se tornaba más respirable.

Durante la larga jornada había escuchado los agoreros graznidos de los buitres que acudían a Izgur-Hani, atraídos, sin duda, por el hedor que emanaba de los sarcófagos. Pero los graznidos habían cesado, señal de que las aves carroñeras habían regresado ya a sus cárcavas y buitreras.

Sirviéndose de una de las horquillas que sujetaban sus sedosos cabellos rojos, Xai consiguió romper el resistente tapizado y avizorar a través de uno de los agujeros del sarcófago.

La noche estaba próxima, la luz diurna decrecía aceleradamente. De pronto, oyó unos pasos quedos, furtivos, y vio brillar una luz artificial.

Los pasos se acercaban, el resplandor de la linterna iluminaba el pavimento de grandes losas de granito.

Al cabo, en su campo de visión entraron las siluetas de hombres que se acercaban sigilosamente. Ambos se detuvieron al pie del elevado pedestal sobre el que descansaba el sarcófago de plata y

cuchichearon.

—Tengo miedo, Xenor. Si nos sorprendieran profanando el féretro de Zophandar... —susurró uno de ellos.

—No seas cobarde, Zonglah —le increpó el otro, impaciente—. Sólo estamos tú y yo. ¿O acaso temes que el tragón Zophandar se alce de su lecho y nos fulmine?

Se oyó una risita en la penumbra del anochecer.

—¿Y dices que obtendremos un botín importante, Xenor?

—Ya sabes que esos personajes palaciegos se engalanan con pesadas joyas de oro y gemas preciosas. Zophandar era muy rico. Es de creer que lo pusieran en el ataúd con sus más ricas joyas. Sólo tenemos que descorrer los cerrojos, alzar la tapa, palpar el cadáver y apoderarnos de lo que nos interese. ¿Te decides o no, pequeño Zonglah?

—Me... me decido, pero confieso que estoy temblando de miedo, aunque la noche se anuncia cálida y bochornosa —respondió la otra voz.

Xai tensó sus músculos. Estaba dispuesta a acometer la acción, incluso a la desesperada.

Pudo oír las respiraciones agitadas de los dos profanadores, que ascendían los altos peldaños de acceso al pedestal. Luego unas manos temblorosas descorrieron los cerrojos y la tapa se alzó con lentitud.

A la luz de la lámpara que uno de los ladrones llevaba en la mano, el cuerpo envuelto en el sudario se alzó lentamente y se oyó una voz de ultratumba que vibraba:

—¡Ah de vosotros, sacrílegos profanadores! Los que viven de la rapiña y la...

No fue preciso más. El pequeño y delgado Zonglah exhaló un chillido penetrante y huyó, espeluznado, arrojando la linterna y emprendiendo una velocísima huida, seguido de su cómplice, a quien el temor supersticioso puso, igualmente, alas en los pies.

Xai aprovechó la ocasión con prontitud. De un salto abandonó su incómodo encierro, se orientó de un vistazo y corrió hacia la entrada de la necrópolis. Justamente allí, bajo las esbeltas columnas que soportaban las estatuas en mármol negro de Walloc, Xai avistó un vehículo oficial.

Tomó la decisión en un segundo. Imaginaba que los empleados del cementerio que acababan de huir, terminarían dando la alarma. Era de imaginar que Walloc había alertado a miles se policías con la orden terminante de hallar a Xai. Sacerdotisa de Graa-Alzac, huida —oficialmente— del palacio-fortaleza de Mayall. Era preciso huir sin perder un momento.

Xai subió al vehículo, maniobró en su panel de instrumentos toscamente diseñado y en la soledad del anochecer, huyó hacia el sur alejándose de Kayalasi.

CAPITULO V

—Una verdadera odisea —comentó Dan Gyrium, admirado—. Corriste muchos peligros hasta llegar aquí, pero ahora estás a salvo.

—¿A salvo? —clamó la joven, pesimista—. Tú no conoces a Walloc... Hay miles de hombres tras mis huellas. Tipo ansiosos de riquezas y prebendas, que no dudarían en mata a su madre con tal de cazarme. Aunque, eso sí, viva. Walloc no quiere que me lastimen, ni siquiera que me rocen. Sólo desea ansiosamente que me devuelvan al palacio de Mayal Pero yo jamás volveré allí. ¡Antes me quitaría la vida! —murmuró fervorosa y desesperadamente

Dan la observó en silencio.

—Es curioso —dijo luego— Desde que volviste en ti, ha repetido docenas de veces palabras como *matar o morir*... Se diría que estás inmersa en un mundo violento y terrible, donde todo consiste en matar o ser matado... Te he dicho que estás a salvo. Abandona, por favor, esas ideas relacionada; con la muerte, Xai.

La joven suspiró profundamente, alzó la mirada y contempló al extraño forastero con esperanza. Sin embargo, el brillo de su mirada se apagó en seguida.

—Eres noble, pero nada puede un hombre solo contra los esbirros de Walloc, tan numerosos como las estrellas que contemplo cada noche en mi azarosa fuga... ¿No lo comprendes? El tirano posee todos los recursos que, durante largos años de despotismo ha logrado atesorar. La potencia económica que genera Kántraphos se invierte principalmente en más máquinas de guerra y destrucción. Walloc no se conforma con sus gigantescos ingenios bélicos, sus colosales naves voladoras capaces de transportar miles de hombres a través de desiertos y estepas... Ayer, escondida en un agujero, asistí a un espectáculo sobrecogedor...

—¿Deque se trataba?

Vi aparecer un brillante arco de color en el firmamento. Pensé que se trataba de un fenómeno meteorológico provocado por la luz solar al atravesar las capas de lluvia. Pero de pronto, advertí unos cuerpos diminutos que discurrían por aquel arco... ¡y eran hombres,

eran los sicarios de Walloc, que me buscan por doquier! Se deslizaban por el arco de un color rojizo, cubrían distancias enormes en breves segundos, descendían fulgurantes sobre la estepa nevada y uno de ellos llevaba un extraño aparato metálico colgando de unos arneses sobre el pecho. Ya en tierra, de aquel aparato volvió a brotar otro arco deslumbrador y los sicarios que me persiguen se elevaban nuevamente en el aire. Subían y bajaban, registraban el paisaje desolado, iban y venían, proyectaban ese raro arco en el aire y se alejaban, para volver vertiginosamente a los propios segundos. Yo… apenas podía creer lo que veía, pero aquellos perros estaban cerca mí, chillando como diablos, como fieras sedientas de pitanza.

El extranjero sonrió.

—¿Por qué ríes? —se extrañó la joven.

No debes asombrarte demasiado. Ese maravilloso «vehiculo formado por un arco brillante no es sino una estela-vía de fuerza electro-magnética. No se trata de ningún milagro. Puede explicarse científicamente —explicó el hombre.

—Tú… tú pareces un hombre muy sabio. Pero yo… Yo estoy aterrorizada. ¿No escuchaste anoche, acaso, los gruñidos ensordecedores de una fiera descomunal? ¿Y después no llegaste a oír los alaridos histéricos y espeluznantes de una mujer que gritaba sus chillidos de agonía?

Dan Gyrium sonreía aún.

Pura parafernalia teatral, encanto. No había ninguna fiera terrible en estos parajes, ninguna pobre mujer agonizante. Se trataba de un simple efecto sonoro, quizá para amentarte y obligarte a salir. —¿Cómo lo sabes, extranjero?

—Oí esos efectos sonoros a mucha distancia de aquí. Los gruñidos de fiera y los posteriores alaridos femeninos resonando por doquier, llenando el aire de ecos en una gran extensión.

Ninguna fiera posee esa voz, ninguna mujer es capaz de llegar con sus gritos a semejante distancia. Acabo de decírtelo, era un simple efecto sonoro, una artimaña para que abandonaras tu escondite y te mostraras a los que te perseguían.

Xai no hizo ningún comentario. Parecía pasmada asombro.

—Jamás imaginé —dijo luego— que existieran tales poderes. Fieras que braman en la noche, alaridos escalofriantes de mujer…

¿Todo ficticio? En tal caso, Walloc es mucho más poderoso de lo que yo imaginaba. Quizá sea cierto lo que se murmura en Kayalasi: que el tirano domina poderes sobrenaturales, obtenidos a partir de su trato sacrílego con las fuerzas del mal...

Dan rió ahora con verdaderas ganas.

—Oh, no, no, encanto —alzó una mano expresivamente—.

No hay nada sobrenatural en los poderes de ese Walloc. Yo mismo puedo lograr efectos mucho más sofisticados, sólo con proponérmelo.

—¿De veras? —Xai abría sus hermosos ojos violeta desmesuradamente—. ¿Quién eres tú, pues? ¿Un dios?

—No. Soy una criatura de carne y hueso, un ser de tu misma naturaleza. ¡Mírame! Un cuerpo erguido, una cabeza, dos brazos, dos piernas... Ojos, nariz, oídos, boca, cabellos..., aunque los míos sean canosos y los tuyos maravillosamente rojizos. Soy igual que tú, pero procedo de otro mundo.

—¿Otro mundo? ¡Explícame eso! —exigió Xai, anhelante. Cuidadosamente, Dan escogió las palabras para explicar a aquella muchacha, nociones que —probablemente— escapaban a su comprensión.

—Me hablaste antes de las estrellas que veías en el firmamento... Bien, podría decirse que yo provengo de una de ellas, muy distante, tan remota que tú jamás podrías captar su brillo. El mío era un planeta de aspecto muy semejante al tuyo, aunque yo jamás pude verlo con mis propios ojos, sino en documentos filmados. El planeta de mis antecesores se llamaba Tierra. Era un verdadero paraíso, pero los hombres que lo poblaban lo convinieron en un desierto apenas habitable... Yo formo parte de la vigésimo-quinta generación posterior a aquella que huyó de la Tierra, impulsada por la inminencia de la destrucción total. Ignoro si mi planeta fue destruido finalmente o la sensatez de los más sabios consiguió detener a tiempo la explosión final...

Xai escuchaba al hombre con religiosa atención, pendiente de cada sílaba.

—La nave en la que huyeron mis antecesores consiguió llegar a nuestro satélite. Luna, donde se estaba montando una gran estación espacial, capaz de trasladarse por largo tiempo a través del Cosmos. Salieron de allí y emprendieron un largo éxodo que habría de durar

miles y miles de años. En el interior de aquella ciudad móvil, los míos se encaminaron a los límites de la galaxia y superaron con éxito la barrera de fuerzas gravitacionales. Visitaron numerosos mundos que les permitían atesorar energía y otros recursos vitales, pero en ninguno de ellos encontraron el hábitat idóneo, por que siguieron adelante por el espacio de veinticinco generaciones...

—¿Por qué viniste aquí? —lo interrumpió, ávida, la joven de los cabellos rojos.

—Yo formaba parte de un comando de exploración. A bordo de una pequeña astronave, recorrí varias veces el espacio en busca de un mundo donde asentarnos definitivamente. En uno de nuestros vuelos, lejos de la Ciudad Volante, nuestro sistema de comunicación se averió en el momento en que descubríamos vuestro planeta, el inconmensurable Kátraphos. Cometimos el error de dejarnos subyugar por la visión de este maravilloso mundo vuestro... en lugar de reparar inméritamente nuestro sistema de comunicación. En consecuencia, nuestra Ciudad Volante se alejó, dándonos por perdidos, jamás conseguiré volver con los míos.

Los ojos de Xai brillaron, húmedos de conmiseración.

—Entonces... ¿has de quedarte en Kátraphos para siempre? —preguntó, trémula.

El hombre asintió lentamente.

—Así es, por desgracia. La Ciudad Volante se alejó a una distancia que tú jamás podrías comprender. Ellos nos creen muertos y viajan hacia otra galaxia, buscando sin cesar... un mundo que ya teníamos nosotros al alcance de la mano. Kántraphos.

Calló. En su rostro de noble perfil había un rictus de amargura.

La muchacha se agitó levemente.

—No logro profundizar en las nociones que acabo de escuchar, Dan Gyrium, pero comprendo que eres un ser tan desgraciado como yo. Y ahora... me alegro de que estés aquí No sé... Es algo instintivo. Confío en ti, experimento... algún sentimiento profundo que me acerca a ti.

El hombre sonrió. Con una vara, atizó el rescoldo que restaba de la hoguera.

—Me pregunto... ¿qué hacías anoche en esa grieta? — dijo ella, luego.

El hombre de los cabellos plateados alzó el vigoroso mentón.

—Pretendía... abandonar la vida. Vine aquí a suicidarme Ya no quería vivir.

Ella lo miró, asombrada.

—Es curioso: también yo sentí la tentación del suicidio, tú lo sabes. Eso también nos une, ¿no es cierto, Dan Gyrium?

—Sí. Tú has superado el mal momento. Yo... no sé si conseguiré soportar la soledad de nuevo.

—Pero ahora estamos juntos. ¿Por qué tanta amargura en tu rostro, Dan Gyrium?— inquirió ella, atenta.

—He perdido a todos los míos... incluida la mujer que amaba —confesó, ronca la voz y temblorosas, de repente, las nervudas manos.

—¿Los que llegaron contigo a Kántraphos? —quiso saber Xai.

—Sí. Nuestra astronave funciona con hidrógeno, que obtenemos a partir de agua, abundante en este planeta. Poseídos por un intenso júbilo, descendimos sobre la superficie nevada de este cinturón prepolar. Todavía esperábamos obtener la energía suficiente para elevarnos sobre Kántraphos y alcanzar nuestra Ciudad Volante, después de reparar nuestros aparatos de telecomunicación. Pero el destino nos había preparado una solución diferente, dramática...

—¿Qué ocurrió?

—La composición de la atmósfera de este planeta contiene gases venenosos para nuestros organismos. Mi compañera. Eleanor, y los demás hombres y mujeres del comando abandonaron locamente la astronave apenas tocamos tierra, mientra yo, encargado de la seguridad a bordo, permanecía el laboratorio analizando la atmósfera exterior. Cuando descubrí las sustancias venenosas de esta atmósfera, ellos habían muerto. Protegido con un equipo autónomo de respiración, salí y los hallé inmóviles sobre el hielo. Uno por uno, los llevé de nuevo a la nave e intenté reanimarlos. Todo fue inútil: los gases venenosos habían dañado irreversiblemente el aparato respiratorio y sistema nervioso, en todos ellos. Aún conservo sus cuerpos a bordo, en compartimentos frigoríficos, pero sé que es absurdo. No conseguiré volverlos a la vida.

CAPITULO VI

Cuando abandonaron la caverna, Xai dirigió una temerosa mirada al desolado paraje blanco que rodeaba el acantilado. Tras comprobar que el paisaje aparecía desierto y silencioso, la joven de los cabellos rojos se tranquilizó un tanto.

—Ven conmigo —la animó Dan—. Junto a mí no tienes nada que temer. Yo te protegeré, Xai.

Caminaron sobre la nieve en dirección nordeste. Avanzada la mañana, sopló el viento helado que dificultaba su marcha y helaba sus miembros, a pesar de que el hombre le había entregado a la joven una *parka* de fibra sintética con la que protegerse del inclemente frío polar.

El cielo tenía un color uniformemente gris. No nevaba aún, aunque el fuerte viento podía ser un presagio de empeoramiento del tiempo. Sobre la nieve endurecida. Xai descubrió huellas de numerosos pies calzados. Eran vestigios inquietantes: significaban la presencia próxima, la noche anterior, de los «cazadores» enviados por Walloc.

Él paraje por el que caminaban a buen paso era llano en general, con leves depresiones onduladas y salpicado, de cuando en cuando, por roquedales de escasa altura.

Perdido el aliento por la prolongada caminata y el viento, que hacía difícil la respiración, Xai detuvo al hombre por un brazo cuando llegaron a uno de aquellos peñascales basálticos, formados por atractivas pirámides rocosas.

—Dan Gyrium...

—Está bien, descansemos un poco —accedió él.

Cuando ella recuperó el aliento, una mano apoyada en el hombro de Dan, alzó los ojos y murmuró:

—He venido pensando en ti durante el camino y no logro entenderlo. Si todos tus compañeros murieron, víctimas de las sustancias venenosas de esta atmósfera, ¿cómo lograste sobrevivir tú?

Dan hinchó sus pulmones de aire, al socaire del roquedal.

—Lo entenderás si te digo que llevo cinco años viviendo en este planeta —respondió—. Muertos mis camaradas, comprendí que yo también fenecería si respiraba la atmósfera de Kántraphos libremente. Aunque la tentación del suicidio flotaba siempre alrededor de mi, algo

indefinible me obligaba a luchar contra la adversidad. Comencé respirando una bocanada de aire cada día. Al principio, sentía el efecto inmediatamente y caía sin conocimiento al suelo. Pero luego, lentamente, fui habituándome al veneno que flotaba en el aire, hasta que fui inmune por completo. Ahora puedo respirarlo tan naturalmente como tú. Ya lo has comprobado.

Rodeó los hombros de la joven con un brazo y añadió:

—Según mis conocimientos, la atmósfera del planeta Tierra estuvo casi saturada de oxígeno antes de que el desarrollo tecnológico la envenenara. Probablemente, tú hubieras sido incapaz de soportar un aire como el de aquel planeta, en sus mejores tiempos.

Liberó a Xai y señaló con un brazo extendido el siguiente promontorio, apenas una leve ondulación cubierta de nieve, en la lejanía.

—Sigamos —propuso—. Sospecho que se avecina una fuerte tormenta de nieve.

Caminaron aprisa, siempre en dirección nordeste. Avanzaban inclinados hacia adelante para soportar el fortísimo viento que arrastraba fragmentos de hielo y nieve de la superficie blanca. Xai se aferraba al hombre, temerosa de que el congelador vendaval la arrancase de su lado.

Al fin, jadeantes y yertos, llegaron al próximo roquedal y se pusieron a salvo del viento ululante. Cuando hubieron recuperado el aliento, ella dijo:

—Aseguraste que la nave en la que llegaste a Kántraphos estaba próxima Pero yo no veo nada semejante en todo lo que abarcan mis ojos. ¿Dónde está ese vehículo capaz de elevarse hasta el infinito?

Dan rió entre dientes.

—¿Hasta el infinito? —murmuró, sardónico—. No, encanto. Si eso fuera posible, yo me encontraría a estas horas en compañía de los míos, a bordo de la Ciudad Volante. Pero la distancia que me separa de ella es tan enorme, que jamás logaré alcanzarla. En cuanto a mi astronave, la tenemos ante nosotros.

Dan tomó a Xai por un brazo y ambos se separaron del montículo de hielo que les servía de protección contra el viento.

Entonces, el hombre alzó el tubo metálico que había utilizado a modo de cayado. Oprimió un resorte en la parte posterior y surgió un

vivísimo rayo. Instantáneamente, el hielo se fundió en una considerable extensión y Xai retrocedió, dominada por profundo terror.

—¿Qué... qué es eso? —balbuceó, señalando la pulida superficie de metal azulado que aparecía bajo el hielo fundido.

—Es mi astronave. Dentro de unos segundos estaremos dentro.

—Pero ¡ese tremendo rayo que salió de tu bastón! —protestó ella —, ¡Me he llevado un susto mayúsculo!

—No es más que un simple fusil-láser —respondió Dan. comprensivo—. Sirve tanto de arma defensiva, como de instrumento para abrirse paso a través de cuerpos sólidos, mucho más duros y resistentes que el hielo.

Avanzó unos pasos, palpó el fuselaje de la nave con sus manos enguantadas y al momento se abrió una sección en el metal.

—Ven. Dentro estaremos a salvo del frío —la animó el hombre.

Tímidamente, ella aceptó la mano que el hombre le tendía y, juntos, penetraron en la astronave, perfectamente camuflada bajo una gruesa capa de hielo.

A lo largo de un pasillo levemente iluminado, ¡a joven de los cabellos rojos lo observaba todo con curiosidad, timidez y temor. Pero al frío riguroso del exterior sucedió la temperatura cálida y acogedora del interior. Sin darse cuenta. Xai comenzó a desechar toda prevención.

Desembocaron en un salón oval en cuyo centro se veía una mesa de la misma forma geométrica, rodeada de asientos mullidos de caprichoso diseño. Dan señaló los sillones a su acompañante y dijo:

—Siéntate. Xai. Puedes despojarte de esa *parka*. Ya no la necesitas.

El mismo se liberó de las dos mochilas, del fusil y de su *parka*. Mientras se despojaba del equipo, el calor ambiental derretía los carámbanos que colgaban de sus cabellos, de sus cejas y de su barba.

—¿Tienes hambre?

Ella denegó con un movimiento de cabeza.

—No. Sólo tengo sed.

El hombre palpó el muro acerado con sus dedos y silenciosamente se descorrió un panel, que mostró una anaquelería repleta de preciosas botellas de cristal.

De una de las botellas, Dan sirvió en dos vasos un líquido ambarino. Puso uno de ellos al alcance de la muchacha y la animó:

—Bebe. Es jugo de pina sintético, tan sabroso como el natural. Te gustara.

Xai alzó el vaso, bebió un sorbo, se chupó instintivamente los labios y sonrió.

—Es delicioso. Nunca había probado nada igual, aunque en Kántraphos abundan las frutas exóticas.

El hombre terminó su vaso, recogió el de la mujer e introdujo ambos en el anaquel. La lámina de acero volvió a cerrarse inmediatamente, en silencio.

—Ven —invitó el extranjero. Y ella lo siguió, sumisa, a lo largo de un pasillo que terminaba en una puerta blindada.

Dan abrió la puerta y la invitó a entrar.

—Ahí están —murmuró él. Y señaló el muro frontero, en el que se alineaban, a diferentes alturas, los nichos que albergaban los cajones frigoríficos. El grueso cristal exterior permitía ver los cuerpos inmóviles de los camaradas del extranjero.

—Este hombre moreno es Jack Mendoza, un experto geofísico y mi mejor amigo... Acércate. Esta es Rita Von Merck, doctora en Medicina... Este otro de los cortos cabellos rubios se llamaba Rudy Crestón, y era el mejor mecánico que he conocido y un hombre leal y valeroso... El más charlatán de todos era ése. Tony McKombish, ingeniero de telecomunicaciones... Barbra Hamilton... Stuart Ketchum... Dana O'Brien... Esta es Eleanor Dimitriovna, mi compañera —iba mostrando Gyrium, como si de una fiesta de sociedad se tratase.

Ello lo miró de reojo. El rostro del hombre estaba transido de dolor, amargura, cólera y soledad. Apretaba tanto los puños que sus nudillos blanqueaban y sus mandíbulas se habían encajado la una en la otra.

Por un momento. Xai sintió un miedo profundo. Luego, al escuchar el sollozo desgarrador que brotaba de la garganta del hombre, desechó todo temor y acercándose sin timidez, lo tomó por una mano, que oprimió tiernamente.

—Dan Gyrium —dijo al cabo de unos minutos.

—¿Qué?

—Puesto que no hay ninguna esperanza para estas pobres criaturas...

—No. No la hay. Sus órganos internos están destrozados. Ni siquiera los más expertos médicos y cirujanos de la Ciudad Volante hubieran logrado devolverles sus vidas.

—Y puesto que la presencia de estos cuerpos congelados y perfectamente conservados no sirve para otra cosa que para mantener frescos tus recuerdos y exacerbar tu dolor...

—¿Si?

Creo..., pienso que lo más sensato seria darles sepultura, en el exterior de esta nave. Verás, Dan Gyrium, yo estimo que tú necesitas liberarte de estos recuerdos, despojarte de una vez de cuanto te ata a tus amigos. No te pido que los olvides por completo, sino que te separes físicamente de ellos. Creo que te haría mucho bien —propuso Xai, con inesperada firmeza.

Dan se volvió fieramente.

—¿Separarme de ellos, enterrar a Eleanor? ¿Cómo puedes ser tan dura para sugerirme algo semejante? ¡Ellos son todo lo que me ata a los míos, a mi raza, a mi cultura, a mi vida! —protestó con voz tremente.

Xai no se alteró.

—Pasas por alto un detalle trascendental: como tú mismo has afirmado, jamás podrás retornar a la Ciudad Volante. Debes, pues, hacerte a la idea de que en adelante deberás iniciar una nueva vida... en Kántraphos —especificó.

Dan se volvió de espaldas y sollozó sordamente. A pocos pasos de distancia, Xai ansiaba correr hacia él, abrazarlo y confortarlo. Pero no se movió: Dan debía adoptar por sí mismo la resolución conveniente.

Largo rato después, él se volvió despacio, baja la mirada. Luego alzó los ojos y los clavó en la esbelta figura de mujer que aguardaba silenciosa a pocos pasos.

—Xai, tienes razón. Acabo de comprender que durante estos cinco años he estado profesando un absurdo culto a los muertos. Eleanor y

los demás murieron, víctimas de su alegría y de su inconsciencia. Yo necesito vivir. He decidido darles sepultura, tal como tú me sugieres —declaró.

—Yo te ayudaré — musitó la joven.

* * *

En mitad de la madrugada, Hadena trató de liberarse del prieto abrazo con que la mantenían prendida los gruesos brazos de Walloc el Magnífico.

Hadena sudaba, parcialmente aplastada por el corpachón grasiento del dictador. Un momento antes había despertado casi asfixiada bajo el peso enorme del hombre que la había convocado en su lecho la noche anterior.

Se movió ligeramente, tratando de escurrirse entre las húmedas manos de Walloc, pero un espasmo nervioso recorrió la piel del déspota y sus brazos se cerraron como una tenaza sobre la joven y débil Hadena.

—¡Xai, Xai. Xai.! —murmuró Walloc en su delirio. Y apretaba tan brutalmente contra sí el cuerpo de la mujer, que Hadena apenas podía respirar.

Las manos del hombre palpaban el cuerpo femenino con febril ansiedad, acariciaban sus senos desnudos, arrancaban la fina túnica a zarpazos...

—Xai, Xai, mi bella y osada sacerdotisa...

Walloc aplastaba con su peso a Hadena, una de las más bellas concubinas del harén. «Me confunde con esa esclava que huyó de palacio, maldita sea su sangre», pensó Hadena, despechada y furiosa.

A la luz tenue que brotaba a través de las sedas que rodeaban el ancho lecho, la cortesana advirtió que los ojos del tirano estaban cerrados y sus fofas mejillas se contraían en un paroxismo de lascivia.

Brutalmente, ella se dejó poseer, inundada de sudor y de aromas agrios que emanaban del corpachón de Walloc.

Ella lo oyó respirar entrecortadamente y adivinó que todo había terminado brevemente, por lo que se permitió un suspiro de desahogo.

Pero justamente en aquel momento. Walloc abrió los ojos y despertó.

Y su rostro se contrajo de ira y asco.

—¡Cómo tú…, tú, maldita puerca, has osado… ocupar el lugar que… que sólo corresponde a la… excelsa Xai! —bramó, tremente, transformados sus ojillos porcinos, rojizos, en dos pequeñas brasas.

—Yo… yo, señor, no hice otra cosa que… que obedecer —respondió Hadena.

Walloc se separó de la bella mujer como si de una babosa nauseabunda se tratase. Luego se dejó caer pesadamente sobre un costado e introdujo una mano los cojines de fina y fresca seda.

Como un relámpago brotó su mano armada de un afilado puñal con empuñadura de oro. El acero se abatió una docena de veces sobre el pecho de Hadena, que murió en el acto, sin comprender lo que estaba sucediendo.

Luego, el déspota, en un último ataque de increíble vesanía, abrió el vientre de la mujer de un solo tajo.

— Nadie… Nadie volverá a ocupar este lecho hasta que llegue Xai… ¡Nadie! —gemía Walloc, poseído por la locura.

Entretanto, el fastuoso lecho se iba cubriendo de la sangre de la infeliz Hadena.

CAPITULO VII

Cuando terminaron de sepultar bajo la nieve a los trece compañeros de Dan Gyrium, regresaron a la astronave y avanzaron hacia la cámara oval.

Llegados allí, Dan se dejó caer en un sillón pesadamente y se desahogó con un profundo suspiro.

Al cabo, el hombre alzó los ojos y miró a la joven de los cabellos rojos con amistad y reconocimiento.

—Gracias, Xai. Durante cinco años he vivido obsesionado en compañía de esos cadáveres. Hablaba constantemente con ellos, les recriminaba por su atolondramiento, les reconvenía por... por haber encontrado la muerte de forma tan absurda... Incluso he llegado a dormir junto a ellos, en la antecámara de la sección de frigoríficos. Besaba el cristal que me separaba de Eleanor y murmuraba: «Buenas noches, amor mío. Te deseo felices sueños.» Hubo momento en que yo no vivía la realidad, sino el delirio... Por fortuna tú, Xai, me has abierto los ojos. Confieso que me he quitado un enorme peso de encima.

—Lo celebro. Ahora ya... eres libre.

—Sí. Pero ¿qué haré a partir de ahora? Este planeta es extraño para mí y, probablemente, hostil.

—Tu camino está claro: debes incluirte en nuestra sociedad. Yo... —de pronto Xai dio muestras de increíble timidez—. Bueno, yo había pensado solicitar tu ayuda.

— Puedes contar con ella. ¿Qué necesitas de mí?

—Necesito tu protección.

—La tienes. Mientras estés conmigo, nada te amenazará — prometió el hombre.

Pero ella agitó la cabeza, impaciente, dejando un reflejo cobrizo en los paneles de acero de las paredes del salón oval.

—No se trata sólo de mi segundad. Dar, Gyrium. Yo debo continuar mi misión.

Dan entornó los ojos, atento.

—¿Quieres decir... luchar contra Walloc y sus esbirros, eliminar al déspota, *matar*? — planteó.

La expresión de Xai se endureció.

—Sí. El asesinó a los míos, destruyó mi familia. Y arrasó gran parte de este mundo que nos rodea. Es culpable de genocidio y es justo que pague sus fechorías. ¿Me ayudarías a luchar contra él? —inquirió la joven.

El hombre desvió la mirada, sombría. Y dijo:

—Xai, podría decirse que yo no estoy *programado* para matar. Durante veinticinco generaciones, mis antepasados se han esforzado en borrar de nuestras mentes la violencia, la barbarie y la muerte. Así, pues, no puedo prestarte ayuda para matar a otros seres humanos.

—Entonces... ¿por qué llevas ese rifle capaz de desintegrar, herir o atontar a la más corpulenta de las criaturas vivas? —replicó ella, furiosa.

—¿El rifle? Ya te he explicado que esa arma me sirve para otros menesteres que nada tienen que ver con la violencia. Sin embargo, algunas veces me he visto obligado a disparar contra fieras. Jamás contra hombres. No lo haría por nada del mundo —declaró Dan Gyrium.

Ella desvió la mirada para disimular su decepción.

Íntimamente, admiraba al extranjero y se sentía profundamente reconocida a él por su generosidad, su nobleza y su protección. Desde que Dan apareciera ante sus ojos, aquella mañana en la cueva, la zozobra que la había atenazado y atormentado desapareció como arrebatada por el viento polar. Los seis días que duró su fuga ininterrumpida hacia la estepa del sur, había resultado una etapa inacabable, pero las siete jornadas que llevaba en compañía del extranjero de los cabellos plateados transcurrieron como si de bretes instantes se tratara. Dan era compañía, aliento, protección seguridad y vida. ¿Cómo no sentir agradecimiento en lo más profundo de su corazón?

Pero al devenir de aquellos últimos días —en los que el viento había soplado potente y todas las huellas fueran borradas por una gruesa capa de nieve—, Xai se había venido haciendo ilusiones respecto a la ayuda que Dan podría prestarle en sus planes de venganza.

El extranjero poseía una velocísima astronave, capaz de derrotar en breves encuentros a la flota de pesadas aeronaves del tirano. Su ayuda, su solidaridad contra la injusticia, resultarían inestimables a la

hora de plantear cara al asesino Walloc.

Por lo demás, el déspota no era un estratega nato, sino apenas un guerrero bárbaro, incapaz de organizar inteligentemente un ejército, ni de impulsar el desarrollo de la tecnología bélica. Sus armas, ingenios mortíferos, barcos y aeronaves eran instrumentos elementales, pesados, escasamente eficaces y muy lentos por lo general, a excepción de aquel singular ingenio que Dan había llamado «estela-vía electromagnética».

Los medios de telecomunicación del imperio tiránico creado por Walloc eran muy rudimentarios: una especie de telégrafo y un teléfono de escasa eficacia, instrumentos que sólo estaban a disposición de los espías y policías del tirano.

Dan, por el contrario, dominaba sistemas tan avanzados como la televisión, las comunicaciones vía láser e incluso aquellos versátiles transmisores-receptores portátiles de radio, que tan decisivos podían ser a la hora de crear un movimiento revolucionario.

Xai se había hecho ilusiones, sí. ¡Y ahora venía el extranjero confesando que sus principios morales le impedían utilizar la violencia y, mucho menos, matar!

—Tú tienes que vivir en este mundo a partir de aquí, Dan Gyrium —le increpó ella de pronto, intentando convencerlo—. Este será tu mundo y tú estás incluso en él. Walloc es un genocida. Mató a centenares de miles de personas en un planeta escasamente habitado por cinco millones de seres humanos. Además, posteriormente, el dictador asesina por capricho. Es un esquizofrénico o como quiera que la perturbación mental se exprese en tu idioma. Su vesania lo llevará a seguir inmolando a miles de personas inocentes, sin reparar en que sean hombres o mujeres, niños o ancianos decrépitos. A la violencia hay que combatirla con la violencia, en este caso. ¿No crees que matar puede estar justificado en tales circunstancias? —le planteó, encendido el rostro.

Dan movió la cabeza, pesaroso.

—Quizá no he sabido expresarme con la claridad precisa —dijo —. No se trata ya de que yo considere justa o injusta la lucha contra ese energúmeno, sino de algo diferente. Yo soy físicamente incapaz de matar, ¿comprendes? Es decir, que llegado el momento de enfrentarme a vida o muerte con otros seres humanos, mi reacción sería absolutamente pasiva. Es un sentimiento superior a mis fuerzas. Escucha, Xai: a lo largo de tres mil años de vida en la Ciudad Volante,

los que me precedieron han predicado y enseñado la no-violencia. Mi moral es esa: no mataras. Y aunque me escarneciesen y atormentasen, yo sería incapaz de matar. Eso es todo —terminó, apoyada la frente en ambas manos.

Xai, despechada, se alzó de su asiento y se retiró a su cabina.

Durante aquellos siete días de estrecha convivencia, ella había ido conociendo al extranjero. Y a medida que el tiempo avanzaba, sentía transformarse aquel sentimiento de admiración y gratitud en otro más profundo.

Cuando sus manos se rozaban, ella se estremecía en una electrizante sensación placentera. Y Dan demostraba, también, un gran embarazo cuando sus cuerpos se tropezaban accidentalmente dentro de la mano.

Xai, que aún no había conocido varón, había decidido entregarse a Dan aquella noche. No pensaba hacerlo para ganarse la voluntad del hombre, sino porque todo su ser deseaba unirse íntimamente al extranjero de los cabellos plateados.

Sin embargo, ahora, después de saber que él no estaba dispuesto a respaldarla en sus planes de venganza y derrocamiento del tirano, todo lo que significase entrega y amor quedaba aplazado; tan ardiente era la cólera que experimentaba la animosa jovencita.

A la mañana siguiente, Dan buscó inútilmente a su compañera. Tras registrar uno por uno todos los compartimentos de la nave, el hombre se dio por vencido.

Sin embargo, decidió registrar con minuciosidad, una vez más, la cabina de Xai. Buscó en los muebles empotrados, inspeccionó el pequeño cuarto de baño, miró bajo el lecho. Ya se marchaba, cuando dio un colérico tirón a la almohada que había sobre la cama Y allí encontró precisamente el mensaje de su pelirroja compañera.

Estaba escrito con tos caracteres demóticos propios de la lengua de Kántraphos, si bien Xai había logrado imprimir un estilo claramente femenino a la escritura.

«Dan Gyrium:

»Puesto que no puedo contar con tu solidaridad, he decidido abandonarte y emprender en solitario mi lucha contra el tirano.

»Tal vez volvamos a vernos, aunque, dadas las circunstancias, no lo creo muy probable. Sea como fuere, siempre contarás con el reconocimiento y el amor de

»*Xai, hija de Hinaori.*»

Terminado de leer el corto mensaje, Dan sintió una punzada de dolor íntimo.

—¡Esa loca y atolondrada criatura! —clamó, indignado—. Hace unos pocos días, ella temía a Walloc como al mismo diablo. Ahora, se encamina locamente a su encuentro. ¿Hay alguien que pueda entender una conducta semejante?

Naturalmente, Dan lo hubiera comprendido con sólo profundizar un poco en sus propios sentimientos. Y así hubiera deducido que era el amor incipiente que la joven sentía por él, lo que había borrado el temor de su mente y la impulsaba ahora a la lucha.

—No puedo permitir que esos brutos pongan sus manos sobre ella —decidió, tras una breve vacilación—. Veré si puedo arreglarlo.

Durante aquellos largos cinco años de soledad, Dan Gyrium se había venido cuidando periódicamente del mantenimiento y puesta a punto de los propulsores de su astronave. Cargados los depósitos de hidrógeno, los motores podrían funcionar durante largos días. Así que, apresuradamente, se trasladó a la cabina de mando, encendió los propulsores y activó los paneles calentadores del fuselaje.

El calor fundió el hielo acumulado sobre la nave en pocos segundos. Dan aceleró los motores y la astronave se despegó al instante de la estepa helada.

Las cámaras de televisión de proa le ofrecieron la imagen de la dilatada estepa bajo una intensa nevada. Sin embargo, la nieve no era ningún problema importante para la navegación en tan sofisticada astronave. Los calentadores fundían constantemente la nieve y el hielo que se acumulaban en los estilizados planos y el radar le permitía volar sin peligro.

—¿Cuánto tiempo hará que se marchó? —se preguntó Dan. impaciente—. He dormido demasiado, después de cinco años de insomnio, y ahora debe ser casi mediodía. ¿Dónde estará esa fierecilla de cabellos rojos? Juraría que se ha dirigido al norte, hacia las tierras

templadas donde se encuentra Kayalasi…

Sus sistemas de ayuda a la navegación eran tan refinados que le permitían incluso detectar a una persona que se moviera en la superficie. Sin embargo, no fue una persona lo que detectaron sus aparatos, sino… ¡más de un centenar de ellas!

En la pantalla se les veía oscilar, subir, bajar, moverse constantemente, describiendo singulares parábolas en el aire.

—Son los esbirros de Walloc, que utilizan esa suerte de estela-vía electromagnética para trasladarse como pulgas gigantescas sobre la nieve —dijo Dan para sí.

Pero ¿aquellos tipos exploraban la estepa al azar o… seguían la pista de Xai?

Afinó la imagen de la pantalla de televisión y avizoró, atento. Una luz rojiza y fosforescente brillaba ame sus ojos. El ancho chorro de partículas electromagnéticas formaba un espectacular arco de varias millas de longitud, a través del cual ascendían o descendían los sabuesos del tirano.

El *zoom* le permitió imágenes aún más cercanas y nítidas. Los individuos que se trasladaban mediante energía electromagnética por el aire, vestían magníficas prendas de piel contra el frío, calzaban botas y empuñaban unas extravagantes armas más cortas y gruesas que el rifle de Dan Gyrium.

Eran más de un centenar y formaban tres grupos, en cada uno de los cuales se incluía el hombretón que portaba un pesado equipo emisor de haces electromagnéticas. De forma que los esbirros de Walloc se cruzaban entre sí, siguiendo sus propias estelas-vía, como si de una bandada de saltamontes se tratase.

Dan aceleró los reactores y se elevó a sus espaldas. Desde allí trató de explorar la región situada al norte. Un punto apareció en su pantalla de radar… ¡Una sola persona que se desplazaba lentamente!

Manipuló en los mandos de la televisión y, borrosa, apareció la silueta de Xai, encorvada sobre sí misma, casi arrastrándose y dejando en pos de sí un rastro tan profundo, que ni la copiosa nevada lograba borrar en pocos minutos.

Una tensión febril se apoderó de Dan. Manteniendo la astronave estática sobre la silueta bamboleante de la joven de los cabellos rojos, manipuló las cámaras de televisión de proa para enfocar a los grupos

de «saltamontes-humanos» de Walloc.

Las armas que empuñaban los secuaces del tirano eran unos arcaicos arcabuces de robusto cañón y sólida culata. ¡Y en aquel preciso momento los secuaces del déspota comenzaron a disparar sus armas!

No disparaban contra la astronave —que probablemente no habían visto—, sino contra la muchacha de los cabellos rojos. Comprobándolo, Dan sintió que la ira ardía en su garganta.

Sin embargo, se tranquilizó un tanto en seguida: aquellos energúmenos no disparaban a dar; sus disparos sólo trataban de detener a la fugitiva.

Con todo, y a pesar de lo rudimentario de aquellas armas de fuego, sus efectos eran terriblemente eficaces: las gruesas balas explosivas que disparaban estallaban al chocar contra el suelo y dejaban grandes cráteres sobre el terreno nevado. Accidentalmente, un pedazo de roca o un fragmento de metralla podrían alcanzar a Xai. Y entonces...

Dan hizo evolucionar la nave sobre su propio eje y encaró a los atacantes. Los esbirros seguían disparando, unas veces desde el aire y otras desde la estepa. Y los impactos de sus proyectiles alzaban una cortina de nieve y fuego delante de Xai, quien finalmente —exhausta y aterrada— se dejó caer sobre la helada superficie de la taiga.

—¡No la alcanzaréis! —bramó Dan Gyrium.

Manipuló unos de sus cañones de intercepción y diez finísimos rayos láser brotaron del costado de estribor de la nave. Al chocar contra los arcos electromagnéticos, se produjeron destellos cegadores y las dos primeras estelas-vía se esfumaron en el aire. Desde cien metros de altura, los «cazadores» enviados por Walloc cayeron en el vacío como monigotes y se estrellaron contra el suelo.

Cuarenta de aquellos perseguidores —los que viajaban en la tercera estela-vía— descendieron a la estepa por el haz de fuerza electromagnética y tomaron tierra, indemnes. Todavía tuvieron tiempo suficiente de ver caer a sus compinches, cuyos cuerpos se estrellaban sordamente contra el hielo endurecido de la taiga. Dominados por el pánico, aquellos cobardes huyeron a la desbandada y se perdieron en la lejanía.

Dan vio brillar nuevamente el arco en lontananza cuando hacía descender la astronave a un centenar de metros del lugar donde yacía

Xai. Sin embargo, los secuaces del déspota no suponían ya ningún peligro: huían en dirección norte hacia al paraje donde, según sospechaba Dan, estaba situado su centro de operaciones.

Remolinos de nieve se alzaron a gran altura cuando la astronave se posó sobre la fría sabana de la estepa. Trepidaban aún, potentes, los propulsores, cuando Dan saltó a tierra y corrió hacia la mujer caída.

La vio, ya muy próxima, de bruces sobre el hielo, con sus rojos cabellos desparramados sobre la nieve y sus bellas facciones tan pálidas y descoloridas, que en el primer momento la juzgó muerta.

Pero cuando se inclinó sobre ella. Xai abrió los ojos y sonrió.

—¡Sabía que vendrías! —exclamó ella, tendiéndole una mano helada—. Ahora sé que puedo contar contigo, extranjero de los cabellos de plata.

Dan jadeó.

—Sí, puedes contar conmigo. ¿Qué importa ya? —alzó los hombros con tristeza—. Sin proponérmelo, acabo de matar. Sin embargo... no podía permitir que ellos pusieran en peligro tu vida.

Xai se incorporó y se abrazó a él prietamente.

—Encanto: acabas de descubrir que a veces hay razones por las que vale la pena luchar —murmuró al oído del hombre.

Y se desmayó.

CAPITULO VIII

Xai yacía desnuda sobre el lecho. Y su piel bronceada y finísima destacaba sobre las finas telas a la tenue luz indirecta que se desparramaba sobre los funcionales muebles de la cabina.

Sus rojos cabellos estaban desparramados sobre la almohada y formaban un seductor halo cobrizo alrededor de su rostro.

Inconscientemente, Xai pasó una mano por la preciosa curva de su cadera. Al contacto, se sintió envuelta por una nube de voluptuosidad que la enervó.

Al instante, se sintió culpable. Sin embargo, ¿qué mal había en gozar de la juventud y del amor? Para Xai era lícito entregarse al hombre que amaba.

Aguardó impaciente. Dan se había quedado en la cabina de navegación verificando el funcionamiento de los sistemas de a bordo. Al despedirse de él, Xai había pronunciado:

—Antes de retirarte a descansar, ven un momento a mi cabina. Tenemos que hablar de algo muy importante en relación con el derrocamiento de Walloc.

Y ahora se sentía tan impaciente que apenas era capaz de contener sus ansias de tener a Dan Gyrium entre sus brazos.

A qué se debía aquel efecto? ¿A la cerveza que había tomado en compañía de Dan? ¿O quizá al penetrante perfume femenino con el que había impregnado su cuerpo desnudo? ¡Quién sabe! Dan aseguraba que algunos perfumes producen un efecto afrodisíaco.

Al fin, en el pasillo resonaron los pasos del hombre que aguardaba.

—¿Estás ahí, encanto? Xai, tengo que decirte que...

Penetró en la habitación y enmudeció al descubrir sobre el lecho el maravilloso cuerpo desnudo de Xai. Incluso enrojeció ostensiblemente. Y luego, al instante, retrocedió dos pasos.

—¡Xai, Xai! Eres lo más delicioso que he visto jamás, pero...

—¿Pero...?

—No puedo traicionar a Eleanor. Apenas hace unos días que...

—¡Dan Gyrium, despierta! La obsesión aún sigue marcada en tu cerebro. Eleanor murió hace más de cinco años. No te pido que

entierres los sentimientos que ella te inspiró. Sólo te ruego que los compartas con mi amor. Porque yo también te amo, Dan Gyrium. Apasionadamente — habló ella.

Y le tendió los bellos brazos, anhelante.

Dan entreabrió los labios, como si estuviera sediento.

—Tienes razón. Durante cinco años he vivido rodeado de fantasmas, olvidándome de que yo era un ser vivo y palpitante —confesó—. Sin embargo, me parece un tanto prematuro que tú y yo...

—¡Tómame! —exclamó ella, perentoriamente.

Y Dan Gyrium se rindió. Cuando los brazos de Xai enlazaron su cuello y b abarcaron apretadamente, el perfume penetró en su nariz y lo inundó de sensaciones.

—¡Tanto tiempo! —murmuró—. ¡Hacía tanto tiempo...!

En la vorágine de los sentidos y en la posterior explosión de placer compartido, ninguno de los dos escuchó el furioso zumbido del viento que soplaba en la desolada estepa.

* * *

No durmieron en toda la noche. Dan quería conocer con detalle los planes de la intrépida pelirroja, de modo que, entre un asalto amoroso y el siguiente, interrogaba a Xai sobre determinados pormenores del poderío tiránico de Walloc.

Las respuestas de la joven, junto con los informes que Dan Gyrium poseía sobre la vida en Kántraphos, le dieron una imagen muy aproximada de la realidad.

—En resumen: Walloc domina todos los centros de producción y cuenta con una Armada elemental, una fuerza aérea pesada y poco versátil y una gran cantidad de pesados armatostes en tierra. Al parecer, lo más decisivo son sus legiones de bárbaros enardecidos. Tengo entendido que su ejército cuenta con más de cien mil soldados. ¿Es correcto todo esto? —consultó el hombre.

—Sí, pero sus comunicaciones son tan arcaicas que todavía existen guarniciones que se comunican entre sí mediante el heliógrafo o señales de humo que cualquier observador podría interpretar —respondió Xai. Y añadió—: Watranpah, mi pobre hermano, había conseguido unir a un nutrido grupo de conspiradores, que podrían formar la infraestructura de nuestro movimiento. Cierto que Walloc

consiguió introducir algunos espías en aquella célula rebelde, pero la gran mayoría de los amigos de Watranpah siguen anhelando derrocar al autócrata. Tus transmisores de radio portátiles nos servirían de decidido apoyo a la hora de coordinar nuestros movimientos y los de los disidentes de Kayalasi. Si tú estás de acuerdo, nos trasladaremos a la metrópoli y yo intentaré conectar a las principales figuras de la oposición al genocida.

—No tan aprisa —la frenó su amante—. Al parecer, tus planes incluyen una guerra total. Yo y mi astronave, por una parte, y tú y tus conspiradores clandestinos, por otra. Ellos se encargarían de la agitación en Kayalasi y yo sólo tendría que aniquilar las aeronaves, los barcos y las máquinas de guerra de Walloc *el Magnífico*…

—Sí.

—Y todo ello supondría una nueva matanza. Caerían culpables, cómplices del dictador, pero también muchos otros que sólo están con él mediante el terror. No es justo, encanto. Yo propongo una estrategia menos cruenta. Pero antes, dime: ¿cuántos ciudadanos crees tú que apoyan sinceramente la política del tirano?

—Una mínima parte —contestó Xai, acariciándole el pecho con sus tibios labios—. Ni siquiera un diez por ciento. De sus incondicionales, una parte son auténticos criminales, sádicos o gentes ávidas de fáciles riquezas. Los restantes son personajes resabiados, rencorosos, que en alguna ocasión debieron ser amonestados o castigados por el Gobierno de los Cinco. Como ves, la gente de Walloc no representa, ni mucho menos, el sentir de los ciudadanos de Kántraphos. También tendremos que contar con un número no determinado de indecisos. Ya sabes: ese tipo de personas grises que siempre se inclinan por el ganador… cuando ya ha ganado.

Dan reflexionó, tratando de relacionar aquellos datos. Y dijo:

—De ninguna forma nos interesa una guerra frontal, que inundaría de sangre la superficie de Kántraphos. Creo que conseguiríamos mucho más con la astucia ¿Crees que la batalla estará ganada el día que caiga Walloc?

—Indudablemente —asintió Xai, con ardor. Y sonrió—: Pero hagamos un intermedio para ocuparnos de nosotros mismos —y besó apasionadamente al extranjero, al tiempo que se dejaba acariciar íntimamente.

Ya de madrugada, su plan de acción iba adquiriendo perfiles más nítidos. Aunque se sentía somnoliento y cansado, Dan dijo:

—Dejemos claros algunos puntos. A bordo de esta astronave no quedan provisiones. Las que llevé a la caverna y las que hemos consumido estos días eran las últimas. Por tanto, tendremos que aprovisionarnos adecuadamente. Después de esto, viajaremos a Kayalasi. ¿Sabes si existe allí algún río próximo o un lago de aguas profundas?

—Las dos cosas. A poca distancia de la metrópoli fluye el río Hagiani, que desagua poco más allá en el lago Kossoi. En algunos puntos, el Kossoi tiene más de setenta brazas de profundidad —dijo la joven.

—Magnífico: ya tenemos un lugar próximo a Kayalasi donde escondernos, a bordo de esta nave. Pero hay un problema principal: ¿dónde nos abasteceríamos de provisiones?

—En Hatel-Nuah, puesto avanzado al borde de la estepa. Hay allí una especie de fuerte berroqueño, en el que se guarece una guarnición de unos cien soldados y oficiales. El vehículo que robé en Kayalasi se quedó sin combustible allí, de modo que llegué justamente al pie de las murallas. Nadie se enteró de mi presencia. Estuve a punto de escalar las murallas y apoderarme del fuerte, aunque finalmente opté por huir a pie. Al otro lado, se oían las canciones de los centinelas, que debían estar muy borrachos. Estoy segura de que bastará que des una pasada con tu nave por encima del fuerte, para que los soldados huyan despavoridos. Si no es así, haz unos cuantos disparos que destruyan los principales baluartes: eso los pondría en fuga. Son soldados poco disciplinados y excesivamente impresionables.

—Bien. En ese caso, todo solucionado por el momento. Descansaremos ahora. Mañana emprenderemos el raid —decidió el hombre.

—Un momento todavía —alzó Xai una mano, mientras sonreía picaresca. Y lo besó apasionadamente en la boca, con lo que los escarceos amorosos se prolongaron hasta bien entrada la mañana, cuando ambos se quedaron profundamente dormidos, el uno en brazos del otro.

* * *

El ataque al fuerte de Hatel-Huah fue tan rápido como eficaz. Los centinelas que dormitaban en las garitas se habían emborrachado a la hora del rancho. Al oír el bramido horrísono que provenía de las alturas, despertaron sobresaltados, elevaron sus miradas al cielo y palidecieron al vislumbrar la silueta de la espantosa máquina voladora

que permanecía estática sobre los tejados de pizarra de la fortaleza. Algunos de aquellos centinelas estaban tan borrachos y aterrados, que varios de ellos se despeñaron al vacío al equivocar el camino que llevaba a los refugios subterráneos.

Los que no perecieron en la loca desbandada penetraron en los aposentos de los oficiales y dieron la alarma, tras lo cual se ocultaron bajo las yacijas y nadie pudo obligarlos a salir de sus escondrijos.

El jefe de la guarnición fue informado de la situación ruando dormía pesadamente la siesta. Era el capitán Huazanq, un coloso de alta estatura y robusto corpachón, que no dudó en abandonar el lecho en paños menores, salir a la carrera al patio de armas y disparar la suya contra la astronave que flotaba sobre el fuerte.

Ante aquella reacción ofensiva, Dan Gyrium disparó un cañonazo y la torre del homenaje —un sólido prisma formado por pedrusco ciclópeos— se desmoronó como si de un castillo de naipes de tratase.

A pesar de su corpulencia, el capitán Huazanq se apresuró a ponerse a salvo. En seguida, las puertas del fuerte se abrieron y un convoy de pesados y mastodónticos vehículos sobre orugas abandonó el fuerte Hatel-Huah en vergonzosa retirada.

Cuando la astronave descendió sobre la explanada y se posó en el polvo, en la guarnición no quedaba un solo defensor.

Regocijados, Xai y su compañero descendieron a tierra y recorrieron las dependencias. Hallaron los almacenes de provisiones llenos a rebosar de las más suculentas viandas, de las cuales cargaron sendas carretillas que arrastraron numerosas veces hasta la nave posada en la explanada.

—Así es como Walloc se gana la «lealtad» de sus lacayos: llenando sus estómagos de delicados manjares —comentó Xai—. Entretanto, los habitantes de las principales poblaciones, como Kayalasi, Hindrah, Xatirrane. Lilligath y Théndani, mueren de hambre, sometidos al racionamiento y al más injusto reparto de los víveres disponibles.

Dan no hizo ningún comentario. Parecía concentrado en la tarea de seleccionar los víveres y cargarlos en su carretilla.

Una hora después, daban fin a la tarea, sudorosos y exhaustos.

—Espero que dispongamos de suficientes provisiones para toda la campaña —dijo Dan.

—Y si se nos terminasen, ya sabemos dónde reaprovisionarnos —respondió Xai, con toda la ironía del mundo.

Subieron a borde y recuperaron sus fuerzas a costa de las vituallas tomadas de los almacenes de Hatel-Nuah.

—Emprenderemos el viaje hacia Kayalasi esta misma noche, de forma que lleguemos allá de madrugada —decidió Dan Gyrium—. Aunque no es de esperar que ese convoy en fuga llegue a la ciudad más próxima antes de dos semanas, no debemos confiarnos, pues de alguna forma podrían dar la alarma. ¿Qué crees tú que pensará Walloc cuando el jefe de esta guarnición le informe acerca de la aparición de una gran, astronave a reacción?

—Pensará que los oficiales y soldados de Hatel-Nuah han dado cuenta de toda la provisión de bebidas espirituosas de una sola sentada —respondió la joven de los cabellos rojos.

Y prorrumpió en una alegre carcajada.

CAPITULO IX

De madrugada, una nave que volaba a gran altura evolucionó por encima de la ciudad de Kayalasi y se alejó silenciosamente hacia el nordeste.

La noche era muy oscura y las lámparas a gas que iluminaban Kayalasi apenas bastaban para alejar las tinieblas. Aunque el tirano tenía ojos y oídos por doquier, ninguno de aquellos avispados espías advirtió que la astronave que pilotaba Dan Gyrium descendía en picado sobre el lago Kossoi, rodeado por una zona boscosa, casi impenetrable, y se inmovilizaba sobre la oscura superficie acuática para bajar luego lentamente y hundirse en el centro del lago.

A bordo de la astronave, un hombre y una mujer se miraron sonrientes y se abrazaron.

—Y esta noche, nada de juegos amorosos —advirtió Dan, severamente—. Es preciso que descansemos unas horas, antes de que nos encaminemos a la metrópoli, al amanecer. Xai se lo quedó mirando, insinuante.

—De acuerdo, pero ¿ni siquiera un beso, extranjero? —consultó.

—Bien, pero sólo uno... ¡Espera! ¡Esto no es lo...! —clamó Dan, cuando ya se sabía perdido. Y, como la noche anterior, claudicó sin remedio ante las artes redomadas de la muchacha de los cabellos rojos.

Con todo, aún consiguieron dormir cuatro horas antes de que llegase el amanecer. Xai fue la primera en despertar y en seguida zarandeó a su compañero sin contemplaciones.

—¡Arriba, arriba, perezoso! ¿No eras tú quien clamaba por madrugar?

Desayunaron y Dan se probó un uniforme de oficial del ejercito que habían hallado abandonado en el fuerte Hatel-Nuah. La guerrera le venia considerablemente estrecha y los pantalones le llegaban por encima de los tobillos, pero Xai se las arregló para descoser costuras, ajustar cuchillas y bajar los pantalones a la altura correcta. Cuando Dan volvió a probarse el uniforme, aprobó el trabajo con un gesto.

—Espero que este ridículo disfraz me sirva de salvoconducto —expresó.

Apenas amaneció, ambos brotaron a la superficie en dos burbujas de plástico, dentro de las cuales llevaban dos livianos equipos de

inmersión, a utilizar a la hora de volver a la nave sumergida.

Las burbujas flotaron hacia la orilla a merced de la brisa matutina y ambos pusieron pie en tierra. Desinfladas las burbujas, ocultaron los equipos entre el frondoso follaje y se adentraron en el bosque.

Aparecía el sol por encima de las copas de los árboles, cuando alcanzaron uno de los camino de tierra por los que solían discurrir los vehículos militares.

Al oír el rumor de unos vehículos. Dan propuso que intentaran detener un automóvil militar, con el fin de que los soldados les ahorrasen la caminata hasta la metrópoli, pero Xai lo disuadió de ello al punto.

—Es demasiado peligroso. Tal vez te aceptasen a ti, pero a mí me exigirían la placa de identificación, y eso podría ponernos en un apuro —dijo la joven.

Su advertencia se demostró muy sensata, pues apenas habían avanzado un tramo por el camino, cuando descubrieron el enorme cartel con la efigie de Xai. Pasmados de asombro contemplaron aquel pasquín de grandes dimensiones, que podía verse perfectamente desde considerable distancia.

El retrato de Xai era perfecto. Debajo, en los usuales caracteres demóticos habituales en toda la superficie de Kántraphos, podía leerse:

«XAI, SACERDOTISA DE GRAA-ALZAC.

RECLAMADA POR EL HONORABLE WALLAC,

GOBERNANTE SUPREMO DE ESTE ESTADO.

Se recompensará con 1.000.000 de

dajins a cualquier súbdito que

ofrezca informes que faciliten el

hallazgo de esta persona»

Impresionada a su pesar, Xai exclamó:

—¡Un millón de *dajins*! Nunca imaginé que yo, humilde mujer,

representase tanto para el tirano…

—¿Cuánto dinero es eso? —inquirió Dan Gyrium.

—Una fortuna incalculable. Pero puedes hacerte una idea considerando que en Kayalasi una vivienda de lujo vale poco más de dos mil *dajins*. Es decir, la persona que obtenga esa fortuna vivirá como un príncipe hasta el fin de sus días, y aún le quedará dinero suficiente para legar a sus descendientes. Bueno…, en el caso de que Walloc, verdaderamente, entregase esa fortuna a la persona que me denunciase —dijo Xai, un tanto burlona.

Pero ambos se apresuraron a apartarse del camino, eligiendo las veredas y pasajes más intrincados a través de la floresta.

Según pudieron comprobar cuando llegaron a los suburbios de la metrópoli, la ciudad y todos sus accesos estaban materialmente empapelada con millones de aquellos grandes carteles que ofrecían una recompensa de 1.000.000 de *dajins* a quien diese orientación suficiente para hallar a Xai, sacerdotisa de Graa-Alzac.

Los pasquines aparecían pegados en los troncos de los árboles, en las fachadas de las chabolas de los suburbios, en los elevados viaductos o colgados de los postes del alumbra do público. El bello rostro de Xai miraba a los ciudadanos ce Kayalasi desde cualquier punto que se contemplase. Xai, sacerdotisa de Graa-Alzac, por doquier.

—Retrocedamos y ocultémonos —propuso Dan Gyrium—. Dadas las circunstancias, no podemos hacer otra cosa, por el momento.

Poco después, se detenían en lo más intrincado de la zona boscosa del sur de la metrópoli.

—¿Qué podemos hacer? —se preguntó Dan, en voz alta—, Si pretendes llevar a cabo tu misión de establecer contacto con los disidentes, es preciso cambiar totalmente tu aspecto. Tendrás que sacrificar tu hermosa cabellera, en primer lugar.

—No me importa. Sacrificaría mucho más, con tal de acabar con el tirano.

—Cortar tus cabellos no serviría de mucho. Tendríamos que teñirlos y alterar tus facciones, de modo que pudieras pasar desapercibida por las calles de Kayalasi. Pero no disponemos ahora de lo necesario para…

El rostro de Xai resplandeció de repente.

—¡Ya sé quiénes nos ayudarán a transformar mi apariencia! ¡Las verdaderas sacerdotisas de Kayalasi! —exclamó.

—Pero tú me dijiste que Walloc había destruido el santuario de Graa-Alzac y prohibido el culto bajo pena de muerte…

—Sí, pero también te dije que el genocida no podría jamás matar la fe de todos cuantos creemos en la diosa de la bondad y la tolerancia. Sé que las sacerdotisas que aún quedan con vida se reúnen en un lugar secreto, no lejos de aquí.

—¿Dónde se encuentra ese lugar?

—Al pie del monte Gazzilori, en cuya cima se alzaba el santuario de Graa-Alzac que Walloc destruyó. En las entrañas del peñón existen unas cuevas, un verdadero laberinto subterráneo, donde las sacerdotisas y algunos creyentes acuden a ofrecer culto a la divinidad — respondió Xai.

—¿A qué esperamos, entonces?

—Existe un impedimento. ¿Sabes nadar, bucear?

—No soy un experto, pero sabría arreglármelas, llegado el caso —replicó el hombre.

—*Tendrás* que arreglártelas, si quieres venir conmigo. ¡Sígueme! —le instó la muchacha, con firmeza y decisión.

Caminaron durante largo rato a través del bosque. De pronto, se encontraron al borde del río Hagiani. Al otro lado del río se erguía un soberbio peñón macizo de unos doscientos metros de altitud, en cuya cima aún podían contemplarse las ruinas de lo que había sido el magnífico templo de Graa-Alzac.

—Crucemos el río —dijo Xai. Y ajustándose el ruedo de su túnica a la cintura, se arrojó al agua.

Tras una breve vacilación. Dan Gyrium la siguió. Nadaba torpemente, pues su uniforme de paño, empapado, pesaba considerablemente. Así y todo, llegaron en pocos minutos a la otra orilla, dejándose llevar por la discreta corriente del río.

Sin salir del agua, Xai guió al hombre hasta el remanso bajo la mole del peñón.

—Ahí, bajo el acantilado, se abre una caverna sumergida. Llena tus pulmones de aire y zambúllete tras de mí. No me pierdas de vista

—susurró la muchacha.

Aspiró aire y desapareció bajo las aguas. Dan la siguió en el acto.

El agua era límpida y permitía ver con claridad bajo el agua. Xai nadó hacia la boca circular de la caverna y desapareció. Dan braceó con vigor en pos de ella. Un minuto más tarde, una mano tomó la suya y lo guió hasta la superficie, ya en plena oscuridad.

Jadearon, tragando aire con delicia. Xai seguía aterrándolo por la mano y lo guió hasta tierra firme.

—Ven. En seguida veremos una luz.

Avanzaron cautelosos, palpando los húmedos y rugosos muros del conducto subterráneo. Al poco, distinguieron un leve resplandor y pronto vieron la antorcha que iluminaba el túnel.

Ascendieron los peldaños de una ancha escalera tallada en la roca viva. De cuando en cuando, una tea colgada en la pared servía para mostrarles el camino que habían de seguir.

Ascendieron los peldaños de una ancha escalera tallada en la roca viva. De cuando en cuando, una tea colgada en la pared servía para mostrarles el camino que habían de seguir.

Hasta la nariz del hombre llegó el aroma característico de hierbas aromáticas y exóticos perfumes quemados en un pebetero. El conducto subterráneo bajaba en pronunciada rampa y de repente se hallaron ante una caverna de grandes proporciones. Una bellísima imagen femenina, tallada en jade azulado, presidía el templo desde un alto pedestal de corindón rojizo. Era Graa-Alzac, la protectora de las artes, las ciencias, la cultura y la libertad. Cada uno de sus largos brazos levaba una leyenda con las invocaciones de sus fieles. Era la imagen de una mujer desnuda, pero su contemplación sólo suscitaba admiración y devoción, por la perfección inaudita de la talla.

A sus pies, formando anchos círculos, se hallaban unas doscientas sacerdotisas que lucían la clásica túnica de tul violeta con bandas de raso blanco a la cintura.

Los rostros se volvieron, como si aquellas mujeres —andanas, maduras y jóvenes— que habían dedicado sus vidas a la diosa, estuvieran esperándolos largo rato.

Xai se postró de rodillas y oró sin palabras, en actitud de profunda concentración y devoción. Al cabo se alzó y se acercó a las sacerdotisas.

— Probablemente, todas conocéis mi rostro, pues Kayalasi está prácticamente cubierta con los pasquines que anuncian una crecida recompensa por mi captura. Soy Xai, hija de Hinaori y Lenda, devotos fieles de Graa-Alzac que fueron asesinados por Walloc, el genocida. Así, pues, no necesito explicaros mucho más. Sólo que necesitamos de vuestra ayuda. Os diré que el hombre que me acompaña es Dan Gyrium, el extranjero venido de las estrellas. El me respaldará en la lucha contra el tirano.

Una mujer madura, plena de belleza y majestad, se alzó de entre el grupo.

—Yo soy Halbendari, gran sacerdotisa al servicio de la diosa. Te saludamos, y también a Dan Gyrium, el extranjero, que ha abrazado nuestra noble causa. Tus palabras son diáfanas, Xai. Si piensas luchar contra el tirano sacrílego que destruyó nuestro santuario, violó a nuestras hermanas y prohibió el culto a Graa-Alzac bajo pena de muerte, nosotras, siervas de la diosa, te ayudaremos en la medida de nuestras fuerzas. Ya sabes que nuestra sagrada condición impide que nos entreguemos a la violencia, pero quizá podamos ayudarte de alguna otra forma. ¿Qué necesitas tú, ahora?

—Cambiar mi aspecto. Como sabréis, mi imagen ha sido distribuida por doquier. Necesito establecer contacto con ciudadanos leales al antiguo Gobierno de los Cinco, pero no podré hacerlo con estas facciones...

—Nosotras solucionaremos fácilmente ese problema, querida Xai —respondió la gran sacerdotisa Halbendari—. Venid a la estancia contigua. Repararemos vuestras fuerzas y cambiaremos tu aspecto, de forma que ninguno de los esbirros del déspota pueda reconocerte.

Algún tiempo después, Xai fue al encuentro de Dan Gyrium, que paladeaba las viandas que las vestales le habían ofrecido. Al percibir el perfume sutil que flotaba a su alrededor, Dan alzó la mirada.

—¿Buena comida, Dan Gyrium? —preguntó Xai.

—Excelente, venerable sacerdotisa. No sé cómo agradeceros vuestras gentilezas para Xai y para mí. ¿Tardará mucho en volver mi compañera?

Al oír estas palabras, Xai prorrumpió en una ruidosa carcajada.

—¡Venerable sacerdotisa! —se burló ella—, ¿Es que no me reconoces. Dan Gyrium? ¡Soy Xai, tu Xai!

Dan se alzó de un nervioso salto y contempló con estupor a la anciana vestal que tenia ante sus ojos.

—¡Xai! Ciertamente, es tu voz. Pero ¡tu aspecto! Esos cabellos grises, las arrugas en las comisuras de los labios, los párpados mortecinos y abultados, tu frente marchita, tu cuello lleno de manchas cutáneas... ¿Cómo es posible? —clamó.

—Ellas han realizado esta obra de arte —contestó Xai—. Me han aplicado un tinte en mis cabellos, han pegado porciones de goma elástica sobre mi rostro y han maquillado de tal forma mis facciones que yo misma me asusté al contemplarme en un espejo, ¿Crees que podrán reconocerme ahora en Kayalasi? Mira, incluso llevo mi placa de identificación colgada del cuello. ¿No corresponde acaso a este rostro que ves. Dan Gyrium?

—Pero, la placa... ¿Cómo es posible? —repitió el hombre, estupefacto.

—La placa corresponde a una anciana sacerdotisa que murió hace pocas semanas. Halbendari y sus vestales me han caracterizado tomando como modelo su placa de identificación. A juzgar por tu expresión, veo que su trabajo ha sido perfecto. De modo que estamos listos para encaminarnos a Kayalasi, ¿no es cierto, porfiado extranjero? —le desafió ella con una horrible sonrisa en su rostro artificialmente envejecido.

CAPITULO X

Al anochecer se entrevistaron con Holseldathi, el decano del antiguo Gobierno de los Cinco y único miembro del régimen democrático que había logrado sobrevivir a las sangrientas persecuciones decretadas por Walloc.

Hoseldathi presentaba un aspecto decrépito, pero su porte seguía siendo noble y digno como cuando presidía el Senado de Kayalasi.

—Participo de vuestra inquietud, pero no olvidéis que doce años de dictadura y oscuridad influyen negativamente sobre los ciudadanos. Por encima de todo, os pondré en contacto con grupos de personas que siguen siendo tan puras y constantes como siempre, de las que os podréis fiar absolutamente para vuestros fines — habló.

Hoseldathi no les entregó una lista de nombres, sino que recitó aquellos en voz baja y confidencial, hasta que Xai y Dan los aprendieron de memoria.

—Ahora, noble Hoseldathi, te pediríamos algún consejo respecto al camino a seguir —invocó Xai—, Tú posees una gran experiencia política y de gobierno. ¿Cuál debería ser nuestra primera acción?

—Mucho confiáis en mi discreción, y por ello os daré mi opinión. Como las sacerdotisas divulgarán secretamente la noticia de que se avecina la revolución contra el tirano, la mitad del trabajo preliminar estará hecho de esta forma. Vuestros contactos con los personajes que os recomiendo prepararán el clima político. Después... Yo me inclinaría por una demostración de fuerza contra el régimen de Walloc. Un golpe que concienciara a los ciudadanos que inquietara al usurpador y a sus secuaces...

—Xai me ha informado de las mujeres que trabajan como forzadas en las minas de azufre de Heralanka. Según sé, miles de mujeres son obligadas a realizar su trabajo en penosísimas condiciones, de sol a sol, y sin que su condición femenina sea respetada ni considerada en absoluto —dijo Dan Gyrium—. La gente habla del «Infierno de Heralanka». Consideraciones humanitarias al margen, ¿supondría la liberación de aquellas pobres mujeres una demostración de fuerza suficiente?

Hoseldathi asintió vigorosamente.

—Sí, creo que una acción semejante influirá decisivamente en el afianzamiento de la revolución. Los ciudadanos comprenderían que el sistema dictatorial no es invulnerable y ello les daría valor para proseguir en la lucha hasta la victoria final —aseveró el anciano.

* * *

¡Heralanka!

Esta simple palabra infundía el espanto en los corazones de los ciudadanos honrados de Kántraphos.

Ninguna de las mujeres condenadas a trabajar en las minas de azufre había regresado de aquel espeluznante lugar, del que se contaban historias atroces que hablaban de mujeres deformadas, calvas y cubiertas de pústulas ulcerosas, provocadas por el contacto con el azufre y sus emanaciones.

Antes de que Walloc y sus cómplices tomasen el poder por la fuerza y la sorpresa, las minas de azufre de Heralanka eran explotadas por el Estado. Allí sólo trabajaban entonces obreros libres y aventureros intrépidos, ansiosos de desafiar el inhóspito ambiente de las galerías subterráneas y ganar una cantidad de *dajins* muy superior al salario de otros trabajadores.

Tras el sangriento golpe de Walloc, a Heralanka fueron a parar mujeres que profesaban libremente el culto a Graa-Alzac. Walloc no exterminó a las mujeres, como había hecho con cien mil hombres, porque temía una revuelta ardiente que acabase con su tiranía. Pero la suerte de las infelices destinadas a trabajar en las minas fue, con mucho, peor que la misma muerte. Suponía ir muriendo lentamente en vida, destrozados los órganos internos por los corrosivos ácidos, destruida la mucosa nasal, cubierta la piel de quemaduras y pústulas por el continuo contacto con azufre maloliente.

Algunas de las esclavas de Heralanka tuvieron suerte: a veces se producía una explosión fortuita, que mataba a docenas de mujeres, sepultaba a otras bajo miles de toneladas de roca o asfixiaba a las demás. Las que morían en tales circunstancias se ahorraban los sufrimientos de dos o tres años de trabajos penosos y lenta agonía.

Heralanka estaba situada en un barranco anfractuoso de las montañas Xizzar, una cordillera que discurría en dirección oeste, a diez jornadas de camino de la metrópoli.

Precisamente el día que Xai y Dan Gyrium se entrevistaron con el anciano Hoseldathi, un grupo de más de mil mujeres llegó a Heralanka para cubrir las bajas que se habían venido produciendo a lo largo del último año.

Llegar a los riscos de la cordillera costó a aquellas mujeres quince jornadas de duro camino. En el trayecto, un diez por ciento de las

esclavas feneció de sed, de cansancio y de impotencia.

No era extraño, puesto que durante el trayecto eran hostigadas por esbirros armados de trabucos y látigos, que las azotaban sin cesar. Las mujeres llevaban a la espalda una pesada mochila con herramientas, provisiones y explosivos, a utilizar en la mina. Con aquella carga, a las pocas horas de caminata, las más débiles cedían a la fatiga y se dejaban caer el borde de la trocha. Los esbirros las azotaban hasta darlas por muertas. La que conseguía incorporarse tenía esperanzas de seguir viviendo; la que había agotado sus energías quedaba allí para siempre.

Era un camino horrendo. A la aridez y dureza del paraje, venía a unirse la visión pavorosa de los esqueletos humanos calcinados por el sol que jalonaban el camino.

Durante doce años de despotismo, en Heralanka habían fenecido millares y millares de mujeres. Deshacerse de los cadáveres no suponía ningún problema para Kerwon, cachicán (jefe) de los esbirros que vigilaban los trabajos de la mina. Cada mañana, el descomunal Kerwon recorría los sucios barracones donde dormían las mujeres y hacía el recuento de las que habían fallecido durante la noche. De tres mil seiscientas personas que trabajaban en la mina, lo normal era encontrar doce o quince cadáveres cada mañana. Algunas de aquellas mujeres no morían de muerte natural: se suicidaban durante la noche rasgándose las venas de las muñecas con fragmentos cortantes de cuarzo que obtenían en las minas.

Cada mañana, pues, Kerwon ordenaba a sus vigilantes que sacasen al exterior los cadáveres hallados en los barracones. Los cuerpos eran arrastrados hasta la cima de la escombrera, donde cada atardecer una cuadrilla de esclavas depositaban varias espuertas de rocas sulfurosas. Mientras más de tres mil quinientas mujeres engullían la bazofia pastosa que les servía como desayuno, uno de los esbirros prendía fuego a las piedras de azufre, que ardían en seguida con llamas azuladas y verdosas. En menos de una hora, los cadáveres quejaban reducidos a ceniza. No quedaba ninguna mención oficial de aquellas muertes. Si una esclava moría, otra venía a ocupar su puesto en la mina.

Al principio, aquel gigante sin extrañas llamado Kerwon había intentado deshacerse de los cadáveres mediante otro sistema: arrastrándolos en una rudimentaria plataforma de troncos hasta distancia prudencial del campamento, con el fin de que las aves carroñeras y los insectos devorasen los cuerpos de las víctimas del régimen sangriento de Walloc el Magnífico.

Pero no existía vida alguna en un gran perímetro alrededor de Heralanka. Las emanaciones sulfurosas y los humos venenosos de la escombrera alejaban a los buitres, a los reptiles e incluso a los insectos.

En honor a la verdad, es preciso decir que las esclavas de Heralanka no padecían la agresión e insectos, tan comunes en aquellos lugares donde se da la promiscuidad humana. El azufre alejaba a los parásitos, pero provocaba padecimientos mil veces más dolorosos que las picaduras de piojos, pulgas o chinches.

Kerwon era el rey indiscutible de Heralanka. Las esclavas lo odiaban y temían como al diablo, pero también sentían temor hacia él los propios vigilantes, hombres adictos al régimen de Walloc, presidiarios liberados de la isla Wooroni poco después de triunfar el golpe del usurpador.

Kerwon tenía alguna virtud: era inflexible, por ejemplo. Su sentido de la disciplina era tan rígido, que en cierta ocasión cercenó el brazo derecho de su hijo, Kiango (miembro del servicio de seguridad de Heralanka) cuando lo sorprendió en la mina acariciando a una joven esclava.

Kerwon no llevó a cabo tal salvajada por el hecho de que Kiango se hubiera propasado con una de las trabajadoras forzadas (el premio para los celadores consistía normalmente en gozar de la mujer que el vigilante eligiera), sino que castigó a su hijo porque se había divertido con una mujer... dentro de la jornada de trabajo.

En persona, Kerwon organizaba la vida en el campamento, punto por punto. Racionaba los ranchos, establecía los horarios e indicaba cada faceta de la vida en Heralanka. Por encima de todo, el gran cachicán prefería los castigos refinados a los físicos. A las mujeres que se resistían al trabajo, se las hadan descender colgadas de una soga a unos profundos pozos naturales abiertos en la roca viva. Allí, las castigadas permanecían durante un mes, aisladas por completo del mundo exterior, sin el mínimo consuelo de la compañía humana. Si reincidían, volvían al pozo, pero esta vez inundado de aguas nauseabundas procedentes de las letrinas comunes. Cada día de tormento, el nivel del pozo ascendía una pulgada... Pero mucho antes de que aquellas ponzoñosas aguas ahogaran a la mujer disciplinada, la septicemia había terminado con todos sus sufrimientos.

Aquel hombre, Kerwon, tenía una imaginación diabólica. Frecuentemente inventaba nuevos suplicios, que describía minuciosamente a sus acólitos e incluso a las prisioneras, a las que

formaba en la hondonada cada vez que su retorcido cerebro engendraba un nuevo y más refinado suplicio.

En Heralanka, muchas mujeres terminaban con graves desequilibrios mentales. Había una mujer delgada, esquelética, de facciones angulosas y escasos cabellos amarillentos, que divertía a los esbirros de Kerwon con sus dramáticas interpretaciones. Se llamaba Kalindi y su locura consistía en creerse la hija rediviva de Graa-Alzac.

A veces, Kalindi caía en trance. Sus ojos se volvían de forma impresionante y su rostro ceniciento adoptaba un rictus diabólico. Todo su cuerpo se movía entonces con un trémolo epiléptico, aunque al cabo de unos minutos se relajaba.

Y entonces sus facciones se transfiguraban y adquirían la belleza que —probablemente— había poseído en su juventud.

Y hablaba: contaba historias maravillosas, presagiaba males o bienes para sus oyentes y los mantenía a todos pendientes de su palabra.

A Kerwon y sus adláteres, Kalindi los divertía. «Es una loca, pero graciosa y chispeante», solía decir Kerwon.

Gracias a ello, Kalindi se ganaba algunos platos de rancho extra y gozaba de otros pequeños privilegios, como negarse a trabajar cuando se le antojaba, vagar por el campamento o increpar a los vigilantes.

Sí, en Heralanka muchas mujeres enloquecían tras ser violadas salvajemente una noche o, simplemente, víctimas de la desesperanza, la fatiga y el hastío. Pero lo que ignoraban la mayoría —incluido el bestial Kerwon—, era que la astuta Kalindi no se había vuelto demente: sencillamente, lo fingía.

Kalindi llevaba ocho largos años en Heralanka. Hubo un momento en que desfalleció. Había trabajado tanto, hostigada por los rebenques de los esbirros, que su cuerpo tenía apenas las trazas de un esqueleto. Cayó exhausta y se sintió morir. Por un instante, deseó fervientemente la muerte, pero su carácter indómito de hembra total la obligó a reaccionar. «¿Por qué he de morir? No estaré tranquila hasta que mueran todos ellos», se dijo. Y entonces empezó a fingir su locura e interpretó a las mil maravillas sus «transportes místicos».

Advirtió que su «locura» divertía a Kerwon y sus secuaces. Cuanto más dramáticos fueran sus ataques epilépticos y más absurdos sus parlamentos, más se regocijaban y refocilaban aquellos salvajes. Kalindi comprendió que había encontrado la forma de sobrevivir.

Luego, de noche, cuando los esbirros las encerraban en los hediondos dormitorios —quinientas personas se albergaban en cada barracón— y el pesado silencio apenas era interrumpido por los alaridos de las locas o las moribundas, Kalindi abandonaba sigilosamente su lecho e iba a confortar a las que más lo necesitaban.

Les ofrecía resecos mendrugos de pan que había robado disimuladamente de la mesa de los esbirros, refrescaba las frentes de las enfermas con agua, que obtenía de los aljibes reservados a los vigilantes. A todas consolaba con su palabra ardiente y llena de fe, asegurándoles que el futuro habría de ser menos penoso para las desgraciadas esclavas.

De esta forma, la inteligente Kalindi sobrevivió en el infierno de Heralanka y ayudó a sobrevivir a muchas de sus compañeras de reclusión. Fueron largos años de sufrimientos, de carencias y miserias, de soledades y abominación sin cuento. Día a día, Kalindi se crecía haciendo el bien entre sus camaradas.

Un caliginoso día, Kalindi sufrió un ataque epiléptico en la mina. Presa de una violencia sin igual, se arañó el rostro, se revolcó en sus propios excrementos y chilló en un paroxismo de furia.

Los esbirros la invitaron a abandonar la mina cuando, minutos después, Kalindi superó «milagrosamente» aquel diabólico absceso de violencia y locura.

Ardía materialmente la explanada del campamento y de la escombrera se alzaban tufaradas de gases malolientes que cortaban la respiración y arrancaban lágrimas de los ojos. Tambaleándose, Kalindi cruzó el campamento en dirección a las rocas prismáticas que lo circundaban hacia el sur.

—¡Eh, tú, Kalindi! —la increpó un vigilante armado, apostado en un risco—. ¿Adonde vas, reina de los excrementos?

Con unas frases intranscribibles, Kalindi le dio a entender que se disponía a evacuar lejos de las miradas de todos. El esbirro lanzó una carcajada sardónica y la dejó pasar.

¿Por qué no?

En Heralanka, muchas mujeres desesperadas habían intentado la fuga, pero ninguna de ellas consiguió llegar a lugar habitado. Cada una de aquellas osadas fueron dejando sus esqueletos descarnados en su loca e irreflexiva fuga. Anémicas, desnutridas, sin provisiones ni agua, apenas lograban alejarse a cierta distancia el campamento. Ni

una sola de las que emprendieron la fuga ponerse a salvo durante aquellos largos doce años de suplicio y abominación.

Pero Kalindi no pretendía fugarse. Aquella misma mañana, al despertar, había encontrado sobre su camastro un papel arrugado, que Kalindi desplegó, llena de estupor. Era un mensaje escrito en caracteres demóticos, que decía escuetamente:

> «Mi compañero y yo hemos venido a Heralanka con el propósito de liberaros. Contamos con medios suficientes para iniciar el motín. Si te interesa unirte a nuestro movimiento, ingéniatelas para reunirte con nosotros en los riscos prismáticos esta misma tarde, donde te estaremos esperando. No temas, Kalindi. Llevamos varios días vigilando el campamento y sabemos qué papel representas entre tus compañeras. Confiamos en ti y te esperamos.
>
> »Xai, hija de Hinaori y Lenda.»

Estupefacta, pero esperanzada, Kalindi leyó varias veces el mensaje hasta aprendérselo de memoria. Después, desmenuzó el papel, se lo llevó a la boca, lo masticó lentamente y se lo tragó.

Sabía quién era Xai. Las últimas esclavas llegadas a Heralanka hablaban de la hija del patricio Hinaori como de una verdadera heroína, cabeza visible del movimiento revolucionario contra el déspota Walloc. Desde aquel momento, Kalindi decidió acudir a la cita y por tal motivo interpretó a las mil maravillas su fingido ataque epiléptico.

Lejos ya del esbirro armado, Kalindi se orientó entre las altas moles prismáticas que reverberaban al sol potente y avanzó hacia el sur.

De repente, resonó un silbido quedo. Un gigante de cabellos plateados y una anciana sacerdotisa de Graa-Alzac aparecieron ante ella.

CAPITULO XI

—Ven, acércate —Xai la tomaba por una mano y la arrastraba hacia una caverna próxima.

El hombre de los cabellos plateados arrugó la nariz al percibir el hedor que brotaba de las sucias ropas de Kalindi, pero Xai permaneció junto a la escuálida mujer sin dar muestras de repugnancia.

—Siéntate y descansa, Kalindi. Y no temas: sabemos que has debido representar unos de sus «ataques» para venir a nuestro encuentro. Te hemos traído provisiones. Come y bebe. Después hablaremos.

Dan Gyrium y Xai fueron testigos de una escena singular: como un animal, Kalindi se lanzó sobre las viandas que Xai acababa de poner a su alcance y devoraba los alimentos con violencia salvaje. En un santiamén, la mujer dio cuenta del copioso yantar, bebió de un largo trago la botella de zumo de frutas que Xai le entregaba y expelió un sonoro eructo de satisfacción.

Al cabo, miró mansamente a Xai y su compañero.

—Hablad. Ahora estoy dispuesta a escucharos. Lo... lo siento. He debido daros una impresión detestable, pero... estaba hambrienta, llevo doce años sin comer otra cosa que bazofia y vuestra comida era deliciosa. Disculpadme también por estos pingajos cubiertos de excrementos. Tuve que hacerlo así para poder acudir a la cita. Decidme.

Xai miro a Dan.

—Explícaselo tú, Dan Gyrium — dijo.

—Hemos venido a liberaros. Para evitar que en la refriega pudieran sufrir bajas las esclavas, hemos decidido atacar cuando los esbirros os hayan empujado a los barracones. Xai y yo, desde nuestra nave, caeremos sobre ellos por sorpresa y los reduciremos en poco tiempo. Después...

Kalindi, que permanecía sentada en el suelo con sus largas piernas cruzadas, se incorporó con lentitud.

—¿Una nave? ¿Piensas sacarnos de aquí en ella? Somos casi cuatro mil mujeres. Dan Gyrium. ¿Crees que es posible? —planteó,

con ansiedad.

—No. Nos llevaría demasiado tiempo y nosotros debemos dirigirnos después a la isla Wooroni, para liberar a los presos políticos de la prisión Hacch-Hendra. No podremos sacaros de aquí en mi nave...

El rostro de Kalindi, luminoso unos segundos antes, se nubló.

—En tal caso, mejor será que no nos liberéis, porque dejarnos abandonadas a nuestros medios significaría la muerte. Comprendedlo: la mayoría de mis compañeras se encuentran desfallecidas, incapaces de soportar una larga caminata bajo el ardoroso sol de estas áridas soledades. Por lo demás, ni siquiera podríamos contar con provisiones suficientes. Todo lo que hay en Heralanka es pura bazofia —Kalindi se enjugo con una nerviosa mano el sudor que brotaba de sus sucios cabellos—. Quizá yo, en solitario, conseguiría salir de aquí con vida, pero ¿qué importa una pobre mujer sola? Por otra parte, no abandonaré a mis compañeras por nada del mundo.

Una intensa admiración se pintó en las facciones de Dan y la joven de los cabellos rojizos. A Xai le brillaban los ojos sospechosamente.

—Eres una mujer admirable, Kalindi —susurró Xai, conmovida—, Sin embargo, te juro que no tendrás que abandonar a tus compañeras. Escucha, tenemos prevista vuestra salida de aquí con toda seguridad. Existe un camino subterráneo que os permitirá llegar a las inmediaciones de Kayalasi sin ningún peligro. Por lo demás, os aprovisionaremos de alimentos suficientes para el camino...

—¿Un camino secreto? ¿Cómo es eso?

—Nos lo confió la gran sacerdotisa Halbendari, del santuario de Graa-Alzac. Dijo que un gran número de sus vestales habían escapado de las garras de Walloc, gracias al largo túnel subterráneo que parte de las profundidades del monte Grazzilori y llega apenas a dos jornadas de distancia de aquí. Se trata de un ancho conducto excavado por las aguas subterráneas, que os servirá de camino y cobijo. No será preciso que os expongáis a los rigores del sol. Emprenderéis el camino esta misma noche, en las sombras, guiadas por la nave que pilotará Dan Gyrium. Mi compañero está dispuesto a trasladar hasta la boca del túnel a las más ancianas y enfermas; las demás tendrán que viajar por su propio pie. Sin embargo, hemos visto un pequeño parque de vehículos bajo una enramada —Dan Gyrium clavó sus azules ojos en los oscuros y febriles de la delgadísima Kalindi—, ¿Podríais manejar

vosotras esos pesados armatostes?

—Yo tengo acceso, mediante mi «locura», a todas partes. Sé manejar esos vehículos. Y enseñaré su manejo a varias de mis compañeras más jóvenes —declaró.

—¡Magnífico! —aplaudió Dan Gyrium—. Eso nos permitirá cargar provisiones en los vehículos y acarrearlas hasta la boca del túnel. A partir de allí, no tendréis que arrostrar ningún riesgo. La gran sacerdotisa Halbendari os estará esperando en las grutas del monte Gazzilori, donde recibiréis cuidados y hospitalidad hasta que os hayáis repuesto.

—¿Entonces? —jadeó Kalindi, febril la mirada.

—Vuelve al campamento y prevén discretamente a tus compañeras de confianza. Disimulada ante Kerwon y sus esbirros y apresuraos a entrar en los barracones cuando os lo ordenen. Todos lo demás queda de nuestra parte —dijo el hombre.

Xai tomó apasionadamente las manos escuálidas de Kalindi y las oprimió contra su pecho.

—Que Graa-Alzac te bendiga, Kalindi. Sin tu sacrificio, tal vez no podríamos emprender hoy esta aventura. Ve ahora y sigue las instrucciones de Dan Gyrium. Ten confianza. Todo saldrá bien.

En las secas facciones de Kalindi aparecieron unas lágrimas. Luego, se volvió con energía, abandonó la hendidura y a vivo paso retornó al campamento, perdiéndose de vista entre los erguidos riscos prismáticos.

Dos horas más tarde —al anochecer— resonó el gong que anunciaba la terminación de los trabajos. Los esbirros y capataces hicieron restallar sus látigos y las forzadas formaron en largas hileras para recibir el rancho nocturno. Pocos minutos después, las esclavas desfilaban hacia tos hediondos barracones.

Erguido en toda su descomunal estatura, el jefe Kerwon fue nombrando a los vigilantes que se habían hecho acreedores al privilegio de llevarse una mujer a la cama. Los esbirros seleccionados eligieron a las mujeres más jóvenes y las arrastraron hacia la construcción reservada a los vigilantes. Sin embargo, a los pocos minutos, las mujeres eran despedidas violentamente del edificio y obligadas presurosamente a volver a los barracones de las esclavas.

Kerwon contempló este incidente desde la explanada y se dio a

todos los diablos.

—Pero ¿cómo? —increpó a sus esbirros—, ¿Es que no son de vuestro agrado esas bellas y estilizadas jovencitas que elegisteis para vuestro placer?

—¡Que el diablo las maldiga! —respondió su propio hijo, Kiango, que ese día había sido uno de los afortunados—. Todas ellas emanan un hedor insoportable. Intenté refregar con jabón el cuerpo de la mía, pero todos mis esfuerzos resultaron inútiles. ¡Seguía apestando como un zorrino de Zomb-Argadish! Y te juro, padre, que a mis compañeros les ha ocurrido otro tanto: ninguno de ellos pudo soportar la fetidez que brotaba de los cuerpos de esas sucias mujeres...

Kerwon frunció el ceño. Algo iba mal, algo que él no podía establecer inmediatamente, una especie de sospecha que latía en su mente. Permaneció pensando en ello durante unos minutos, pero se había hecho de noche y en sus cómodas habitaciones lo esperaban un par de botellas de licor y un exquisito asado, especial para el jefe. Se marchó.

Hacia la medianoche se oyó un zumbido en las alturas. El centinela armado que vigilaba el campamento desde la plataforma de una torreta de treinta metros de altura, se sintió deslumbrado al alzar sus ojos al firmamento. La luz que provenía de las alturas era tan poderosa, que se vio obligado a apretar fuertemente los párpados para evitar quedarse ciego.

Sin embargo, una horrísona explosión lo forzó a mirar. Y sus ojos reflejaron el más intenso pánico: a doscientos metros de distancia, el depósito de combustible acababa de reventar y la explanada se convertía en una laguna de fuego líquido que corría tumultuosamente hacia las bocas de la mina. Otra explosión aún más formidable destrozó media montaña y proyectó tremendos pedruscos en todas direcciones. Uno de aquellos peñascos tronchó por la mitad la torreta metálica del centinela nocturno, que salió proyectado a gran distancia en medio de la noche.

Entretanto, Kerwon había despertado en su lecho, sobresaltado. Había bebido con exceso y su reacción fue torpe y lenta. Al fin, consiguió encontrar su silbato y lo hizo sonar desmañadamente. En el pasillo del pabellón de vigilantes, los hombres tropezaban unos contra otros, caían al suelo, maldecían, gritaban y forcejeaban en medio de la confusión más espantosa.

Lenguas de fuego abrasador derretían los cristales, algunos de los

cuales estallaban sordamente y herían los rostros de los asombrados esbirros. De repente, uno de los hombres de Kerwon lanzó un chillido histérico y se lanzó hacia el exterior. Su ejemplo fue seguido inmediatamente por los restantes guardianes, que se abalanzaron a la puerta ansiosos por salvar sus vidas, incluso pateando los cuerpos de los que caían al suelo en medio del caos.

Kerwon disparaba al aire su temible trabuco, uno de cuyos impactos podía partir a un hombre en dos. Pero el pánico se había desatado y sus hombres no respondían a sus chillidos ni a los estruendosos disparos de su trabuco. El fuego penetraba en oleadas en el pabellón prefabricado, por lo que finalmente el propio Kerwon hubo de echarse a la calle, chamuscados sus cabellos, sus cejas y pestañas e incluso el poblado vello del tórax.

La luz fuerte que provenía de las alturas los cegó a todos, y una voz rotundamente viril, gritó:

—¡Todos a tierra! ¡Tiren las armas y apoyen ambas manos sobre la nuca!

Era Dan Gyrium quien ordenaba desde la rampa de su nave, posada en la explanada. Más allá, Xai abría los portones de los barracones y las prisioneras salían a oleadas, corrían a distancia segura y desaparecían en la noche.

Solamente el cachicán Kerwon desobedeció la orden. El tenía su pesado trabuco entre ambas manos y estaba dispuesto a usarlo, aunque sus hombres, cobardes como corderos, formasen un montón inerte sobre el polvoriento suelo.

Alzó el arma y disparó contra la luz que lo cegaba. La luz siguió fulgiendo y de algún lugar remoto brotó un fino rayo dorado que golpeó el pecho del colosal Kerwon y le abatió en el acto.

Resonaron entonces unos chillidos histéricos y centenares de mujeres aparecieron en el llano, como vomitadas por las tinieblas, y se abalanzaron sobre los sesenta esbirros que componían la guardia de Keralanka.

—¡NO; NO, ATRAS, ATRAS! —gritaba Dan Gyrium con todas sus fuerzas.

Pero allá, abajo, las enfurecidas esclavas bullían como un avispero sobre los cuerpos impotentes de los musculosos cachicanes. Sobre los escuálidos brazos de las desgraciadas mujeres, forzadas a trabajar de por vida en la mina de azufre, se elevaba un esbirro

manoteando su angustia, cubierto su rostro de cuajarones sanguinolentos.

A Kerwon, lo tomaron unas mujeres en volandas y lo llevaron a lo alto de la escombrera. Alrededor, el combustible derramado ardía a grandes llamaradas que lamían ya tos barracones de las esclavas. Era un espectáculo dantesco, terrorífico, pero las mujeres no demostraron en aquel momento el menor signo de temor. Unidas en grupos de veinte, caían sobre los esbirros que las habían humillado, torturado y atormentado durante largos años y golpeaban a sus víctimas hasta que éstas dejaban de oponer resistencia. Después, los grupos de esclavas emprendían las ascensión de la empinada escombrera, donde el propio Kerwon había dispuesto, la mañana precedente, una verdadera pira de rocas azufrosas.

El primero en convertirse en cenizas fue el cuerpo de Kerwon. Rodeado de llamaradas verdosas, el cachicán jefe de Heralanka se disolvió en volutas de polvo grisáceo, que se expandieron por doquier en breves instantes.

—¡Dios! —gemía Dan Gyrium—. Es un espectáculo inhumano. Creo que… no puedo soportarlo.

Xai se abrazó apretadamente a él.

—Tienes razón: es horrible. Pero debes comprenderlo. Dan Gyrium: esas mujeres están fuera de sí. Durante larguísimos años, han vivido bajo el más monstruoso e inhumano sistema que pudiera imaginarse. Han sido sometidas por esos hombres a toda clase de degradación. Recibieron humillaciones, violaciones, malos tratos de palabra y de obra. Se las convirtió en animales, en bestias. Ahora… Bien, es la revancha para ellas. Sólo desearía que esta experiencia sirva para devolverles la razón.

Transcurrió media hora. El fuego se extinguía en pequeñas lagunas sobre la explanada. En la cúspide de la escombrera, la pira de fuego verdoso consumía tos últimos cadáveres.

Dan reaccionó cuando se oyeron unas voces enérgicas. Vio a las mujeres formar disciplinadamente en largas hileras y reconoció la voz que impartía las órdenes: era Kalindi, la líder indiscutible de las esclavas mineras.

Los barracones del campamento se hundían sordamente bajo la acción del fuego. La temperatura era insoportable, pero la brisa nocturna sopló y aventó los humos malolientes que provenían de la escombrera.

Los vehículos que permanecían en el distante hangar se pusieron en movimiento y vinieron a ocupar un lugar en el extremo sur de la explanada, a salvo de las llamas. De uno de los automóviles descendió Kalindi, que vino a presentarse ante el hombre de los cabellos plateados.

—Tenemos doce vehículos casi cargados con agua, provisiones y enseres, Dan Gyrium —declaró—. Estamos dispuestas a partir en cuanto tú decidas.

Kalindi parecía haberse transfigurado. Sus cabellos estaban limpios, tanto como la leve túnica naranja que vestía. Sus ojos brillaban, llenos de fe y decisión: era una mujer distinta a la epiléptica que durante tantos años había divertido con sus excentricidades a los crueles guardias del campamento Heralanka.

—Cargad vuestros vehículos con los alimentos que traemos en mi nave —propuso el extranjero—. Hay también gran cantidad de medicamentos y material sanitario. Subid a la nave y a los camiones a las mujeres más débiles y enfermas. En cuanto todo esté dispuesto, partiremos.

Kalindi dio una voz penetrante y al punto las mujeres más jóvenes se pusieron disciplinadamente a la tarea. En breves instantes, las viejas, tullidas, heridas y enfermas fueron acomodadas en la astronave del extranjero y en los doce mastodónticos camiones del campamento.

La nave se alzó del suelo inmediatamente y marcó el rumbo en la noche clara. Volaba a pequeña altura, con rumbo norte.

La hilera de camiones rodó despacio, primero, a lo largo de un profundo desfiladero iluminado por las poderosas luces que se cernían en las alturas. Al cabo, el convoy alcanzó el páramo y los vehículos aceleraron su marcha hacia la boca del túnel situada a dos jornadas de viaje.

CAPITULO XII

Walloc examinó fríamente a la doncella que Bantxiú le mostraba. Era una joven bellísima, de largos cabellos y tez bronceada. Su cuerpo, semidesnudo, era perfecto y adorable, pero el tirano frunció los labios en un rictus despectivo.

—Llévala al serrallo. Que las matronas la maquillen de acuerdo con mis instrucciones —dictaminó, irritado.

Bantxiú, el eunuco, conocía los deseos de su señor. Bantxiú en persona había seleccionado a diez jovencitas que tenían, aproximadamente, idénticas medidas anatómicas que Xai, sacerdotisa de Graa-Alzac. No bastaba con ello: las facciones debían ser muy semejantes e incluso la longitud y el color de los cabellos de Xai.

Bantxiú inclinó la cabeza ante el Magnífico y se retiró con la doncella, camino del harén. Pero Bantxiú se sentía muy pesimista aquella tarde. La jovencita a la que guiaba por un brazo iría a parar a las viejas y expertas cuidadoras del serrallo. A partir de un retrato de Xai, las amas maquillarían a la joven de turno hasta que su aspecto fuera idéntico al de Xai.

A la noche, la doble de Xai sería introducida en las estancias privadas del déspota, el cual se sentiría inmediatamente transportado por un furor indescriptible. En su cámara nupcial, Walloc se entregaría a toda clase de furores eróticos en compañía de aquella doble de la mujer que el tirano ansiaba. Llegaría a excitarse hasta al paroxismo, la violaría y después... Después borraría a golpes el sabio maquillaje y, tras montar en cólera homicida, estrangularía a la adolescente que le había sido entregada para su placer.

«Es una maldita, una tonta y ridícula obsesión —pensaba Bantxiú, camino del serrallo—. Mi señor sólo desea a la verdadera Xai y por ello trata de obtener, cada noche, una réplica exacta de la mujer a la que adora.» Después... Muy de mañana el cadáver de una adolescente sería retirado de las regias estancias y hecho desaparecer con toda discreción. Y así durante un día, y otro, y otro...

* * *

Como cada mañana, poco después del amanecer chirriaron los goznes del portón de la fortaleza-penitenciaría de Hacch-Hendra. En

seguida salió un hombre ante la mirada atenta de seis vigilantes armados.

El hombre empujaba una carretilla excesivamente grande y pesada para sus menguadas fuerzas. Empujando con todo el vigor que podía desarrollar, el hombrecillo arrastró la carretilla por el escarpado sendero, al borde del acantilado, y descendió por la aguda pendiente hasta el borde del mar.

No era un hombre viejo, pero sí escuálido y cansado que jadeaba estertorosamente por el tremendo esfuerzo.

A mitad de la pendiente, Kaphondi hizo un alto para recuperar el aliento. Al inspirar, la brisa matinal que soplaba hacia el mar meridional de Sit-Mirrah le trajo un soplo de viento fétido que provenía de la carga oculta bajo la sucia lona.

Bajo la lona, Kaphondi transportaba ocho cadáveres. Uno de aquellos prisioneros llevaba muerto ya cuatro días y expandía a su alrededor una fetidez insoportable.

De todas formas, Kaphondi estaba habituado a tan penoso trabajo, para el que había sido nombrado desde que llegara a la prisión de Hacch-Hendra, seis años atrás. En resumen: Kaphondi, de unos treinta años de edad —aunque representaba quince más— gozaba desde entonces del dudoso privilegio de arrojar a los depredadores marinos los cadáveres de sus camaradas muertos.

Su trabajo consistía en empujar aquel pesado carricoche hasta la orilla del mar, colocar los cadáveres en un bote siempre amarrado a la orilla y deshacerse de los cuerpos una milla mar adentro.

Gofrax, el alcaide de Hacch-Hendra, opinaba que aquel medio de librarse de los cadáveres era el más higiénico y barato. Nada de cementerios, verdaderos nidos de miasmas en un ambiente tan húmedo como el de la isla Wooroni: los escualos y otros monstruos marinos que pululaban en las inmediaciones del presidio agradecían cumplidamente el periódico obsequio.

Kaphondi no podía quejarse: todo su trabajo consistía en aquella breve tarea. Otros, en cambio, eran obligados a partir piedras durante catorce horas seguidas, aserraban enormes troncos en la carpintería o limpiaban incansablemente las letrinas por las que pululaban —noche y día— centenares de enormes ratas.

«¡Privilegio...!», pensó con sarcasmos. La verdad era que el alcaide Gofrax sólo había pretendido humillarlo concediéndole aquel

destino. Tiempo atrás, el alcaide había sido cesado en su cargo de jefe de policía de Kayalasi, tras demostrársele numerosas irregularidades administrativas y abusos profesionales. El cese había sido decidido por el Gobierno de los Cinco y... se daba la circunstancia de que Sapphor, padre de Kaphondi, era uno de los honorables miembros de tal gobierno.

Sapphor había desaparecido misteriosamente la misma noche en que el tirano marchara sobre la ciudad de Kayalasi. Había asistido a una cena en compañía de otros miembros del Consejo de Estado y regresaba al domicilio familiar, cuando se le dio por desaparecido. El honorable Sapphor jamás llegó a su casa.

Se rumoreó que Sapphor y otros ciudadanos eminentes habían sido asesinados por sicarios al servicio de una secta religiosa secreta. Incluso hubo quien aseguró que Sapphor rabia huido en unión de una joven amante hacia la ciudad de Xatirrane, pero lo cierto es que nadie pudo aportar pruebas. No volvió a vérsele, ni se halló su cadáver.

Aunque Kaphondi, muy joven entonces, estaba lejos de la política, fue detenido y desterrado al Desierto Gebb, en compañía de un grupo de disidentes políticos al tirano Walloc. Tres años más tarde, llegaron unos sicarios desde Kayalasi y se lo llevaron con destino a la inaccesible isla Wooroni.

Kaphondi hizo un esfuerzo por olvidar aquellos penosos recuerdos. Inspiró profundamente y empujó el carricoche con su fúnebre carga, cuesta abajo. Al fin, los chirridos cesaron; el cochecillo se detuvo al borde del mar.

Kaphondi apartó la lona y el hedor a carne muerta lo inundó todo. Sin mirar, Kaphondi agarró un cuerpo por los tobillos y lo arrastró hasta el bote, donde lo dejó. Ocho veces llevó a cabo la misma abominable maniobra. Tras lo cual subió al bote, soltó el cabo, empuñó los remos y bogó con todas sus fuerzas mar adentro.

Aquel día no tuvo ánimos para llegar al límite que el alcaide Gofrax le había marcado. Por otra parte, la bruma que flotaba sobre el mar impedía que los centinelas lo vieran desde el acantilado en que se erguía el siniestro presidio de Hacch-Hendra. Así, pues, rápidamente comenzó a arrojar su macabra carga a las aguas.

Antes de que se hubiera deshecho del último cadáver, se produjo un fuerte remolino a poca distancia de la barca: tos escualos estaban disputándose la pitanza con tal violencia que uno de sus coletazos desvió el bote a varias brazas de distancia.

Apresuradamente. Kaphondi arrojó el último cuerpo al mar y bogó con todas sus fuerzas de regreso a la isla. Detrás, los monstruos marinos se disputaban el festín a dentellada limpia, haciendo hervir la superficie marina.

Varias veces hubo de detenerse en su furioso bogar, pues las fuerzas lo abandonaban. Al fin, cuando un banco de niebla se desprendió del mar y lamió perezosamente los muros del presidio, Kaphondi alcanzó la orilla.

Fue entonces cuando se llevó el mayor susto de toda su vida. Se disponía a amarrar la embarcación, cuando vio aquel par de manos asidas a la popa.

A punto estuvo de gritar de sorpresa, pero la voz no llegó a salir, de sus labios. Una cabeza de cabellos plateados surgió por encima de la borda. Dan Gyrium sonrió para infundir confianza al prisionero:

—No tienes nada que temer, amigo. Sólo quiero charlar un momento contigo —dijo.

Kaphondi abrió un par de ojos como platos.

—Pero ¿cómo has llegado hasta aquí? —murmuró, lleno de estupor—. No te conozco; no eres, por tanto, un presidiario. ¿De dónde has salido?

—De ahí —se hizo más amplia la sonrisa en el rostro de Dan Gyrium. Y señalaba el fondo del mar.

Kaphondi parpadeó, confundido.

«Debe ser un loco. Sólo un demente se atrevería a venir voluntariamente a un lugar como éste... ¡Y a través de ese mar infestado de escualos!», caviló el prisionero.

—Tengo... tengo que volver a la prisión —murmuró, cada vez más desconcertado—. Si tardo más de la cuenta, los carceleros vendrán a buscarme y recibiré un castigo.

—No te entretendré mucho. Sólo quiero saber cuántos presos quedan en Hacch-Hendra — indicó el extranjero.

Kaphondi se mordió los labios, perplejo. Al fin se decidió a responder:

—Hay menos presos que carceleros. Anoche éramos ochenta y uno, pero de madrugada Zagami se ahorcó en su celda y el anciano

Sindrah murió de una pulmonía. Somos, en total, setenta y nueve. Los carceleros suman noventa, incluido el alcaide Gofrax.

—¿Tan pocos presos? Tenía entendido que Hacch-Hendra alojaba a más de quinientos prisioneros —exclamó el extranjero de los húmedos cabellos plateados.

—Sí, éramos más de quinientos —respondió, monótono, el esquelético Kaphondi—, Pero en los últimos meses ha habido numerosas bajas. La humedad, el frío, el hambre, los malos tratos y el exceso de trabajo han ido acabando con la mayoría. Dentro de poco, en Hacch-Hendra no quedará un sólo preso —explicó lúgubremente.

—En efecto —asintió Dan Gyrium—, pero no por la razón que tú piensas Kaphondi.

—¿Me conoces? —se asombró el preso.

—Sí. El honorable Hoseldathi me habló de ti. Y tengo que darte una noticia esperanzadora, Kaphondi: muy pronto todos los presos de ese siniestro lugar estaréis en libertad.

—¿Quién eres tú? ¿Cómo te atreves a cruzar este mar poblado de monstruos carniceros? Debes estar loco para hacer cosa semejante. Hace menos de media hora he arrojado a los escualos los cadáveres de ocho de mis compañeros. Los monstruos los devoraron en un santiamén...

—Lo he visto todo, Kaphondi, pero no temas: tos tiburones no significan ningún peligro para mí. Y ten confianza. Di a tus camaradas que permanezcan atentos esta noche. ¿Crees que habría algún medio de narcotizar a los carceleros?

Una luz de esperanza animó los mortecinos ojos del prisionero.

—¿Hablas en serio? —preguntó, desconfiado. Añadió—: Por más que un tipo que, como tú. se atreve a nadar en estas aguas infestadas de monstruos marinos sería capaz de cualquier cosa, por descabellada que pudiera parecer. ¿Dices narcotizar a los carceleros? Tal vez no resultase demasiado difícil. Ellos suelen beber abundantemente después de encerrarnos en las celdas y a partir de ahí no atienden a nadie, aunque uno se esté muriendo, como ocurrió anoche con el anciano Sindrah. Un amigo mío, Gadell, es el encargado de subirles, cada noche, las bebidas de la bodega. Gadell tiene el corazón templado. Tal vez él podría...

—Consigue su ayuda, Kaphondi — pidió Gyrium, con ansiedad—,

Aunque, en cualquier caso, con su ayuda o sin ella, muy pronto seréis liberados. Pero todo sería más fácil si los carceleros de Hacch-Hendra durmieran durante toda la noche.

—Haré todo lo que pueda —respondió el preso, sintiendo renacer la fe—. ¿Puedo conocer tu nombre?

—Sí. Soy Dan Gyrium, compañero de Xai, la sacerdotisa —respondió el extranjero. Y silenciosamente se sumergió en el mar y desapareció.

* * *

Al amanecer, Gofrax se removió pesadamente en su lecho. Entreabrió los enrojecidos ojos, dirigió una lenta mirada a la estancia, tomó la botella que tenía en la mesa, se la llevó a los labios, comprobó que estaba vacía y rompió en terribles improperios.

—¡Zunglah, Zunglah! ¿Dónde te has metido, condenado haragán? Es hora de que abras la celda del preso Gadell. ¡Zunglah, necesito un trago, maldito seas!

Pero nadie respondió a sus llamadas y finalmente, lanzando gruñidos y amenazas, el alcaide de Hacch-Hendra se incorporó pesadamente. Era un hombre muy fornido y obeso, de forma que le costó gran esfuerzo introducir sus pies en las botas.

Ya en pie, se tambaleó cuando se dirigía a la puerta. La abrió con ímpetu y los muros se conmovieron, mientras Gofrax recorría el ancho pasillo lanzado al aire sus impacientes alaridos.

Furioso, empujó la puerta blindada del departamento de vigilantes. Ya iba a seguir vociferando cuando se detuvo, estupefacto.

—Pero... ¿adonde diablos han ido ese hatajo de gandules? —gruñó, al comprobar que el amplio dormitorio estaba vacío.

Corrió al pasillo, llegó a la galena de prisioneros e hizo sonar estruendosamente el gong. Pero nadie acudió.

Colgado en un clavo estaban los pesados llaveros de las celdas. Gofrax los descolgó de un empellón y comenzó a abrir las celdas de los presos.

Pasmado de asombro permaneció ante la primera de ellas, vacía.

—¡Alarma, alarma...! —gritó como un energúmeno—. ¡Uno de los presos se ha fugado!

Desconfiado, retrocedió a toda prisa a sus habitaciones, deseoso de tomar un arma. Pero en el armero no quedaba ninguna, lo que hizo afluir copiosas gotas de frío sudor a su rostro abotargado.

Desconcertado, trató de reflexionar. Pero el exceso de alcohol aún mantenía torpe y lento su cerebro, por lo que le resultó imposible poner sus ideas en orden.

Al fin, volvió a la galería y comenzó a abrir, una por una, las celdas de los presos.

Su estupor no tuvo límites tras comprobar que todas las celdas estaban vacías.

—¡Fugados! ¡Se han fugado todos! —clamó. Y las altas bóvedas repitieron, amplificadas, sus voces desaforadas.

Detrás de Gofrax resonaron unos pasos. El alcaide se volvió de un respingo y palideció al ver aparecer al alto desconocido de los cabellos plateados, al que seguía a corta distancia el prisionero Kaphondi.

—¡Kaphondi, ven acá inmediatamente! —gritó Gofrax—. Te lo ordeno!

El preso sonrió fríamente.

—Ya no puedes ordenarme nada, Gofrax, corazón de fiera. Ahora soy un hombre libre.

El alcaide dio una corta carrerita hacia los dos hombres que avanzaban.

—¿Te has vuelto loco, Kaphondi? —chilló. Y señaló a Gyrium—. ¿Quién es este tipo, qué hace aquí, dónde están mis oficiales, adonde fueron los presos?

El hombre de los cabellos plateados sonrió.

—Tus carceleros están encerrados en las mazmorras del sótano, Gofrax —declaró—. En cuanto a tus víctimas, los presos, son ya seres libres. La dictadura de Walloc no tardara en caer. Todo ha terminado para los seres como tú, Gofrax.

De repente, el alcaide se abalanzó con ímpetu sobre Dan Gyrium.

—¿Quién eres tú, maldito desconocido, para decirme que... que...? —se atragantó de ira.

Trataba de aferrar el cuello de Dan con ánimos de estrangularlo,

pero el hombre de los cabellos plateados lo rechazó de un empellón y el gordo Gofrax rodó por el suelo.

Dan se volvió hacia el escuálido Kaphondi.

—Explícale tú quién soy. A mí me denigra hablar con un individuo como éste.

Despatarrado sobre las losas del pavimento, el alcaide dedicó su atención a Kaphondi, que le devolvió una mirada llena de desprecio.

—El hombre que tienes ante ti es Dan Gyrium, compañero de Xai, llamada erróneamente sacerdotisa de Graa-Alzac. Xai, hija de Hinaori y de Lenda, inició el movimiento contra el dictador Walloc y fue inmediatamente apoyada por este hombre, venido de las estrellas en una astronave tan rápida como la luz. Fue Dan Gyrium quien se encontró conmigo en la costa, ayer por la mañana. Siempre he lamentado que me escogieras como «el hombre que cebaba a los tiburones», Gofrax, pero ahora me alegro de ello, pues mi fúnebre trabajo me permitió ponerme en contacto con Dan Gyrium. Siguiendo sus instrucciones, convencí a Gadell para que pusiera una fuerte dosis de narcótico en vuestras bebidas. Durante la noche, mientras vosotros dormíais la borrachera, Dan Gyrium llegó en su nave hasta esta isla, escaló los muros del presidio y nos liberó a todos. Encerramos a tus sicarios en las mazmorras en las que nos habéis torturado durante años y Dan Gyrium traslado a los restantes presos hasta lugar seguro. Sólo yo quise estar aquí hasta el último momento. No tengo más que decir.

Gofrax jadeó con esfuerzo. Uno de sus párpados se movía en frenético tic.

—¿Y ahora? ¿Qué piensan hacer conmigo, con... nosotros? —balbuceó.

Dan lo miró un momento. No podía sentir conmiseración por aquel individuo que temblaba ahora como un gozquecillo. Gofrax había matado a golpes a la mitad de los presos de Hacch-Hendra.

—Vuestra suerte estaba en manos de Kaphondi. Si él lo hubiera decidido, yo os habría arrojado, vivos, a esos escualos que pululan en la bahía. Pero Kaphondi es clemente. Ha decidido que quedéis encerrados aquí, hasta que logréis escapar por vuestros medios.

Gofrax se incorporó con avidez.

—Al menos, nos dejaréis el bote —suplicó.

—El bote está hundido — respondió Dan.

—Está bien, si esa ha de ser nuestra suerte, sea. No pienso suplicar por mí ni por los funcionarios a mis órdenes —farfulló Gofrax, soberbio.

—Eres muy prudente. Porque Dan Gyrium no está dispuesto a escuchar tus súplicas —replicó Kaphondi con sangrienta ironía.

Gofrax retrocedió. Viendo que nadie le impedía alejarse, corrió de nuevo hacia el dormitorio de funcionarios, ansioso por encontrar un arma. Pero no la halló.

Cuando volvió a la galería, Dan Gyrium y Kaphondi habían desaparecido. Recobrada en parte la confianza, el alcaide salió al patio y corrió hacia el portón metálico. Sentía una intensa angustia, que se convirtió en desesperación al comprobar que las sólidas hojas metálicas del portón estaban soldadas entre sí.

Desanimado, Gofrax se dejó caer al suelo y lloró. Estaba pensando que tal vez sus esbirros, más ágiles, conseguirían descolgarse con sogas por las murallas de sesenta metros de altura. Pero ¿cómo podría escapar Gofrax, viejo y gordo, una verdadera bola de grasa?

Mucho tiempo después, consiguió imponerse al desánimo, buscó los llaveros y bajó a liberar a sus hombres, a los que puso al tanto de la situación.

—Estamos encerrados, pero ya idearé un medio seguro para que todos escapemos de aquí. Por lo demás, es posible que, en uno o dos meses, consigamos construir una embarcación. Por el momento, preparadme el almuerzo. Tantos disgustos sólo han conseguido despertar mi apetito —dijo.

Sin embargo, poco después, el alcaide Gofrax recibía la triste noticia: dentro de la prisión no quedaba un gramo de alimento...

EPILOGO

El jefe de policía de Kayalasi era un hombre delgado y cetrino, con facciones de hurón. Muy nervioso, acababa de postrarse ante el Magnífico, pero una sonrisa de Walloc le devolvió una parte de su confianza.

—Bien, Gafalani, ¿cómo van las cosas en el imperio? Algunos de mis consejeros hablan de agitaciones callejeras. ¿Qué hay de verdad en ello? —exigió el tirano.

—La agitación es tan intensa que desborda nuestros medios de disuasión. No se trata sólo de Kayalasi. Hay algardas y movimientos también en Théndani, Llіligath, Xatirrane e Hindrah. Mis hombres patrullan por todas partes y cargan contra los manifestantes, pero los ciudadanos se burlan de los policías y gritan arengas subversivas. El momento es tan peligroso, señor, que yo no dudaría en lanzar al Ejército contra los contrarrevolucionarios.

Walloc entornó los porcinos ojillos.

—¿El Ejército? Pues bien, no dudaré en eliminar a todos los que se me oponen. En cuanto a ese Dan Gyrium, al que llaman «el hombre venido de las estrellas», ¿quién es exactamente?

—Nadie lo sabe, señor, pero resulta evidente que ese individuo, junto con la sacerdotisa Xai, son los responsables de los sucesos de Heralanka y Hacch-Hendra que tanto han impresionado a la opinión pública. Hoy existe en Kayalasi una calma tensa y, según los despachos telegráficos recibidos esta mañana, lo mismo ocurre en las demás ciudades del planeta. Mi opinión…

—¿Sí, mi querido, Gafalani? —el déspota lo regaló con una nueva sonrisa.

— La única solución es la intervención del Ejército, sin reparar en consideraciones humanitarias. La sangre ha de correr de nuevo si queremos que tu régimen vuelva a asentarse con toda seguridad en Kántraphos —murmuró el jefe de policía, dirigiendo miradas huidizas a los cortinajes que decoraban la lujosa estancia.

—Perfectamente, mi leal Gafalani. Yo mismo tomaré el mando del Ejército, si fuera preciso. Repara en que sigo tus consejos al pie de la letra. Te agradezco de todo corazón tu solidaridad y tu lealtad, que

sabré recompensar adecuadamente. Puedes marcharte.

Con un gesto magnánimo, Walloc despidió a su jefe de policía. En cuanto Gafalani hubo salido del salón del trono, la sonrisa se borró del rostro del déspota.

—¡Cerdo inútil! —barbotó, colérico—. Gafalani ha fracaso por completo. Si hubiera sabido cumplir con su misión, la intervención del Ejército habría sido innecesaria.

—¿Qué debo hacer, pues, señor? —peguntó el eunuco Bantxiú, quien raramente se apartaba de Walloc.

—Ve y rómpele el cuello —respondió el tirano.

* * *

El sarao transcurría sin pena ni gloria. Walloc había organizado aquella fiesta y convocado a los más importantes personajes adictos a su régimen en un impulso ególatra. Necesitaba sentirse admirado, recibir adulaciones y vasallajes. Y sobre todo ahora que sentía tambalearse su imperio basado en el asesinato y el abuso.

De los invitados, apenas habían comparecido la mitad. Algunos habían huido lejos, otros se habían excusado aduciendo enfermedades imaginarias. En cualquier caso, la animación era escasa entre los hombres y mujeres que ocupaban los palaciegos salones.

Alrededor de Walloc sólo quedaba un grupo de aduladores incondicionales, que reían estruendosamente sus gracias. Los restantes invitados comentaban en voz baja el asesinato del jefe de policía Gafalani, atribuido a un fanático incontrolado.

La fiesta languidecía decididamente cuando se produjo un revuelo. Un lacayo llegaba a la carrera atropellando a los invitados. Un momento después la noticia recorría todos los corrillos: Xai, sacerdotisa de Graa-Alzac, venía a implorar clemencia ante el poderoso Walloc, quien acababa de recibir la noticia con lágrimas en los ojos.

—Oíd, los que aún dudáis de mi poder: La mujer que buscaba viene a entregárseme por propia voluntad… ¡He ahí mi grandeza! —voceó Walloc a la concurrencia—. Como presente. Xai me ofrendará una bella estatua de oro.

Los circunstantes se apartaron a izquierda y derecha, pues acababa de abrirse la gran puerta pentagonal para dar paso a Xai.

Elegante y etérea, avanzó la bellísima pseudo-sacerdotisa. Detrás de ella, dos lacayos empujaban el gran cajón de madera que servia de estuche a la efigie en oro del déspota.

Tembloroso, Walloc avanzó hacia Xai, pero ella se apartó ágilmente y señaló con el brazo extendido el cajón de madera, colocado verticalmente sobre un sólido soporte.

—¡Eh ahí tu verdadera efigie! ¡Descubridla, que todos puedan admirarla! —gritó la joven de tos cabellos rojos.

En breves instantes, los lacayos apartaron las maderas y descubrieron la estatua de oro. Un colectivo «¡Oooooh!» dé sorpresa brotó de todas las gargantas..., pues la imagen expuesta sólo era una burda y grotesca representación de Walloc, mil veces más deforme y rechoncha que la figura real del propio déspota, el cual enrojeció vivamente al comprender la burla.

Fulminantemente, Walloc aferró a Xai por un brazo y sacó una daga de oro y acero de entre su holgada túnica.

—¡Morirás por esta befa estúpida, traidora! —gritó, descompuesto.

Pero nuevos prodigios aguardaban a los circundantes, pues en ese momento la grotesca efigie del autócrata se dividió de arriba a abajo por la mitad y de entre el metal fundido surgió Dan Gyrium, que empuñaba su fusil láser.

La hoja del puñal que empuñaba Walloc estaba a punto de segar el fino cuello de Xai, cuando Dan disparó su fusil. Surgió el finísimo rayo dorado y Walloc cayó al suelo, exánime.

En aquel instante, la gran puerta pentagonal se abrió de par en par y una densa multitud penetró en las estancias de palacio lanzando gritos enardecidos. Eran los componentes del movimiento de liberación, entre los que se encontraban personajes como la heroica Kalindi y el hermético Kaphondi, a los que seguían centenares de personas que clamaban contra el dictador.

De un salto, Dan Gyrium llegó junto a Xai. Aterrándola por la cintura, huyó.

No le fue fácil abandonar el palacio Mayall, pero finalmente se vieron en el exterior en medio de la noche.

Densas multitudes llenaban las calles, en medio del júbilo y la excitación desbordados. Gritaban constantemente: «Muerte al déspota»

y también «Gloria a Xai y Dan Gyrium, nuestros liberadores». Pero Dan galopaba más que corría arrastrando a su compañera hacia los suburbios.

—¿Adonde me llevas tan velozmente, hombre de las estrellas? —clamó ella, perdido el aliento.

—A donde sólo seamos tú y yo, amor mío —respondió él, contemplándola a la luz difusa que provenía del firmamento—. Allá, en las heladas soledades de la estepa, tú me rogaste que te ayudara a derrocar al tirano. Walloc ha caído y el Gobierno de los Cinco que elija el pueblo gobernará de ahora en adelante. Es todo cuanto querías, ¿no es cierto?

—No — respondió ella, seria.

—¿No? —clamó él, desesperado—. ¿Qué he de hacer ahora, pues?

—Ámame — respondió ella, abrazándose a él prietamente.

* * *

Al atardecer. Dan y Xai paseaban al borde del lago Kossoi.

Ella se detuvo de repente y sus caballos ardieron a la luz del sol poniente.

—¿Oíste el informe del honorable Hoseldathi, Dan?

—Lo oí —respondió él. Y siguió caminando bajo los tibios rayos del sol.

Pero Xai dio una corta carrera y lo detuvo asiéndolo por una mano.

—A Walloc lo metieron en su estatua de oro y le arrojaron al vacío por la misma ventana que yo arrojé al tragón de Zophandar —explicó ella.

—Ya. No quiero hablar más de eso.

Xai lo alcanzó nuevamente cuando el hombre se alejaba.

Dicen que el metal se rompió en mil pedazos y que otro tanto ocurrió con el tirano —añadió ella.

—No me importa. Todo terminó. Quiero vivir en paz. Es lo que me enseñaron —dijo él, un tanto irritado.

Se sentó en la hierba, mientras Xai contemplaba pensativa las aguas del lago Kossoi, bajo cuya superficie se ocultaba la astronave del hombre venido de las estrellas.

Luego ella se volvió para mirar al hombre.

—Ahora, Dan Gyrium, eres un personaje importante. El Gobierno de los Cinco te concederá honores, privilegios, riquezas. ¿No te interesa nada de eso? — preguntó la mujer.

El hombre sonrió.

—En absoluto. Ya tengo todo lo que buscaba.

—¿Y qué es ello?

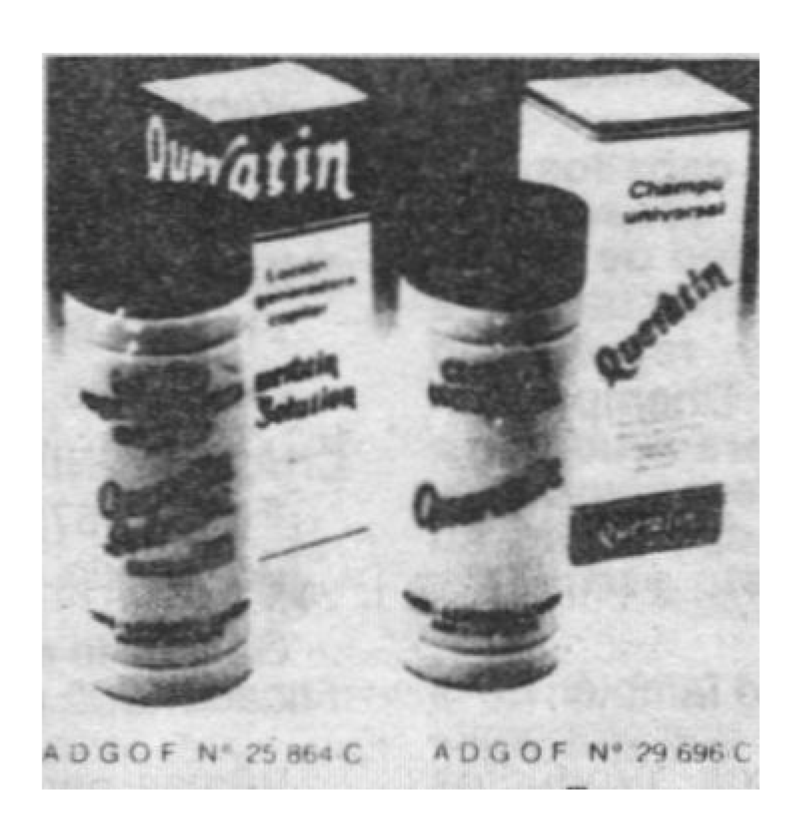
Xai lo miraba fijamente, como si tratase de subyugarlo. Y Dan pasó un brazo alrededor de la breve cintura.

—Lo sabes muy bien, sacerdotisa. Buscaba un mundo como éste — describió con un gesto la belleza del lago al atardecer— y una mujer como tú. ¿Qué más puedo desear?

Xai rozó con su boca los labios. Y rió.

—¿Qué te parecería un pequeño Dan Gyrium? — preguntó.

FIN ¿Cuántoscabellos ha perdido usted hoy?



¡No espere a quedarse calvo!

Un buen consejo para usted: Utilice Queratín Loción y Queratín Champú

Aplique usted el procedimiento efectivo para procurar resolver los problemas de su cabello, cue consiste en usar una buena loción con el objeto de que le facilite el proceso regenerador de las raíces capilares.

Con esta finalidad se elaboran y comercializan con mucho éxito los preparados **Queratín 'Loción y champú Universal Queratín** , que por su gran efecto tónico son muy recomendados para evitar la caída del cabello y acelerar su crecimiento.

A los POCOS dias del uso metódico de **Queratín Loción** y **Champú Universal Queratín** usted notará su influencia en el estado general de su cabello y continuado el tratamiento poará observar pronto apreciables y beneficiosos resultados

Por sus excelentes y valiosos efectos los preparados Queratín son muy aconsejados para hombres y mujeres en los siguientes casos:

-Eliminar gradualmente la caspa y el exceso de grasa del cuero cabelludo.

-Fortalecer y cuidar las raíces mejorando el aspecto decaído del cabello.

-Proporcionarle a éste mayor volumen y brillo, dejándole sedoso, suave y fácil para peinar.

(*Continúa en la página siguiente*)

Procure usted resolver cuanto antes los problemas de su cabello sin esperar a que se acentúen usando los productos Queratin, pues es más fácil detener una deficiencia capilar naciente que el remediar un problema que se haya convertido en crónico.

Si ya tiene usted cabellos normales y vigorosos consérvelos como hacen infinidad de personas que aplican continuamente con constancia y regularidad Queratin Loción y Champú Universal Queratin, para ayudarse a conservar la cabellera joven y sana, disfrutando además de su agradable y discreto perfume.

¡Benefícíese usted también de la acción bienhechora que proporcionan los magníficos productos QUERATIN!

¡NO LO DUDE!. Haga HOY MISMO la petición enviando a Selecciones Europeas, Apartado de Correos, n.° 330, Santander (España), el boletín de pedido con su dirección no estropear la novela facilítenos en carta sus señas igualmente con todos los datos de la misma forma, rogándole nos diga además, que su pedido es como

consecuencia de haber leído el anuncio de las novelas de la Editorial Bruguera, S.A.

Ventas para España: Exclusivamente por correo contra reembolso a los siguientes precios:

QUERATIN LOCION

Frasco: 975 pesetas.

Contenido 200 mi.

CHAMPU UNIVERSAL QUERATIN

Frasco: 875 pesetas.

Contenido 200 mi.

Gastos de embalaje y envío certificado. 250 pesetas.

Ventas para el extranjero: Los dos frascos QUERATIN (Loción y Champú) incluidos los gastos de embalaje y envío certificado, aéreo y urgente. 30 DOLARES USA. acompañando esta cantidad en billetes grandes muy disimuladamente en la carta certificada de pedido. o adjuntando Cheque banca- rio con firma de gerencia, con la absoluta seguridad de que se lo serviremos a correo seguido.

BOLETIN DE PEDIDO

Selecciones Europeas, Apdo. Correos nº 330-Santander (España)

Ventas para España: Señale con una X en los recuadros del artículo que le interesa y el numero

Nombre

Apellidos

Calle Nº Piso

Población D. Postal

Provincia

PUNTO ROJO

intriga...

ROJO

PUNTO ROJO

misterio...

ROJO

suspense...

ROJO

acción...

ROJO



EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.

PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España